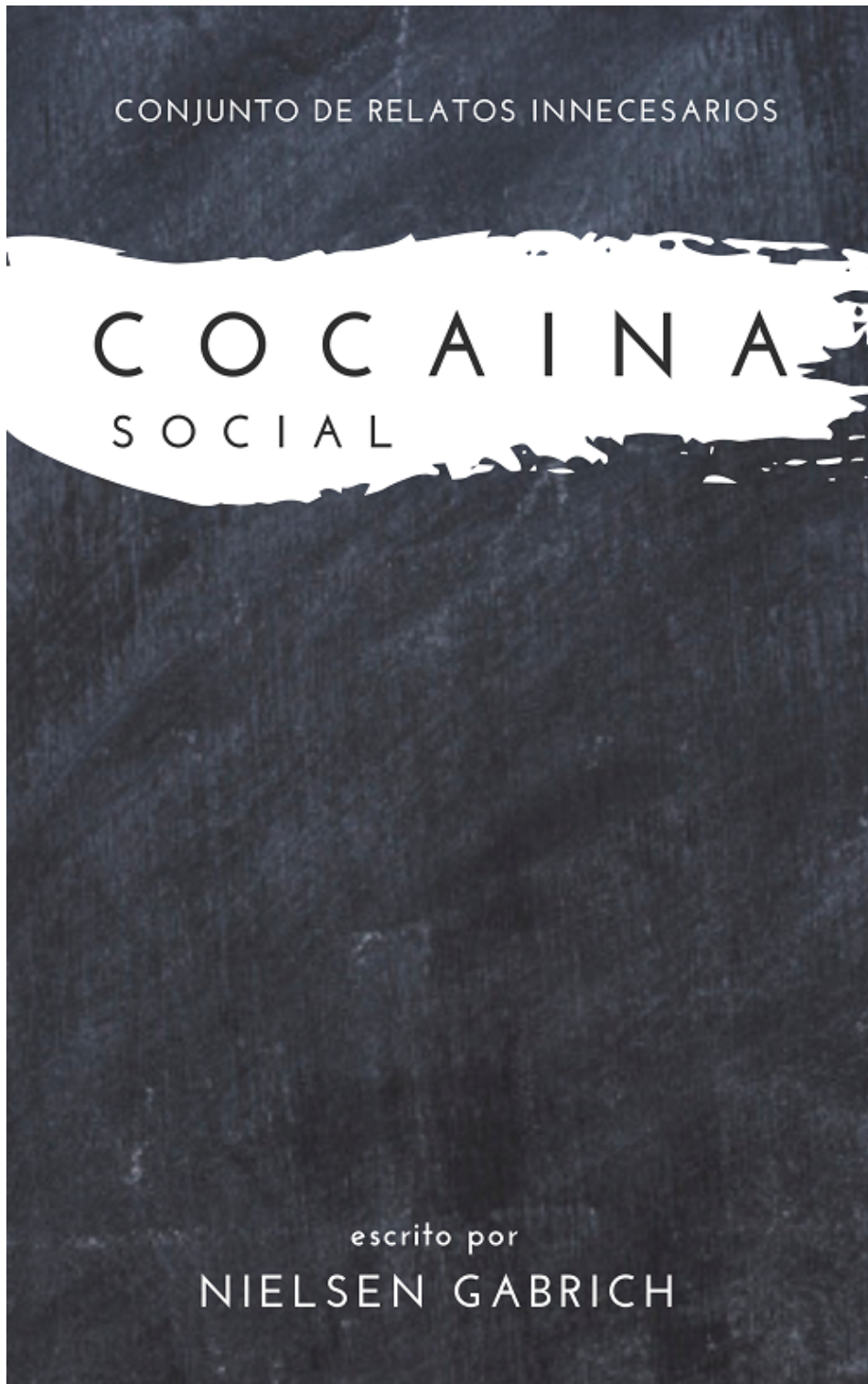


Cocaína Social

Nielsen Gabrich



Capítulo 1

COCAÍNA SOCIAL

by Nielsen Gabrich

En la televisión hay una mujer mostrando los pechos. Se escucha como el público aplaude mientras las cámaras intentan no perder detalle alguno. Están demasiado rígidas, no creo que sean naturales.

Ella sonríe, mientras el lente de la cámara recorre su cuerpo. Se apodera de él.

Sus rizos dorados recorren el contorno de sus senos. Su cabello también se ve artificial.

En mi apartamento siempre hay algo encendido. La televisión, la radio o cualquier aparato que emita la voz de un ser humano, o lo más similar a eso posible. Si hubiese alguien que me pregunte porque, le diría que genera en mi la falsa sensación de compañía, pero mejorada. Una persona que hable sin necesidad de que le responda, que lo mire o que siquiera le preste atención.

Nunca nadie pregunta.

Es necesario siempre estar distraído, muriendo sin darme cuenta.

Mantener el cerebro ocupado en cosas sin importancia, para ocultar en la oscuridad todo aquello que supura. El silencio a veces grita y me transporte a lugares donde ya he estado y no quiero volver.

Solo sigue el conejo blanco.

La chica levanta de la televisión su pollera, abre sus piernas y corre sus diminutas bragas para mostrar el coño.

Creo que es una y diez de la tarde.

Sabía que no era rubia natural.

No debo quedarme a solas conmigo mismo ni por un segundo. Mis pensamientos me atormentan. Me recuerdan que estoy vivo y que debería hacer algo con eso.

Demasiada responsabilidad.

Es necesario escaparse de uno mismo.

Varias mujeres del programa corren a su lado y comienzan a sacarse selfis junto a su vagina. Algunas sacan la lengua e imitan lamerlo. Flash. Otras hacen la V de victoria con los dedos. Flash. Hay quienes prefieren cerrar el puño en señal de fuerza. Flash.

En algunos segundos todo estará en las redes sociales.

En Twitter nace un nuevo hashtag; #peluda es tendencia mundial.

Los hombres no saben si mirar será considerado un acto machista, por lo que prefieren apartar la mirada. Son hombres adultos, algunos entrados en años, que se ruborizan y se observan entre sí para ver la actitud que toma el otro. Están incómodos, pero no dicen una sola palabra.

Me descubro sonriendo en la más absoluta soledad.

Todos hablan de la chica de la tele como nuevo símbolo del empoderamiento femenino. La rebelión de la mujer. Que serían de ella y su valentía de mostrar el coño en el horario en que la familia almuerza. Deconstrucción total. No hay que avergonzarse de ser mujer.

Anestesia para una mente marchita.

Después de trabajar todo el día para un puto millonario al que debo agradecer la oportunidad de ser su esclavo, no quiero escuchar a Nietzsche ni soportar el pesimismo de Cioran.

Mi único deseo es callar esa voz que me susurra al oído las formas más efectivas de suicidio.

No tengo nada de qué avergonzarme, no soy el único.

Seguramente el científico que trabaja en la cura del cáncer de mama, llama a algún número de teléfono para salvar de la eliminación a una participante de gran hermano porque le gustan sus tetas.

Mira el rating. Si dice que millones de personas ven el programa, es porque tu contador, tu dentista y tu padre están en su sofá en calzoncillos rascándose los huevos mientras lo miran.

Hasta el cura de la iglesia está atento a lo que hará la rubia a continuación, mientras sube lentamente su sotana hasta dejarla por

encima de las rodillas.

Ricitos de oro ahora muestra el culo, mientras habla de cómo aceptarse a uno mismo tal cual es.

Es perfecto, sin celulitis.

Luego menciona que, después de los comerciales, dirá que dietas debes seguir para llegar al verano sin esos kilos extra que seguramente tienes.

Mientras la rubia sonríe en alguna parte una madre llora la pérdida de su hijo. Tiene la mirada perdida, los ojos vacíos. El niño comenzó a agitarse hasta que se desvaneció en sus manos. Los médicos le informan que fue a causa de la desnutrición. Ella les confiesa que a veces no tienen para comer.

En otro lado del mundo una bomba cae en un colegio rural. Hay personas que sacan los escombros con las manos descubiertas en busca de algún sobreviviente. Hallaron seis críos. Todos muertos.

Los políticos siguen dando discursos y llenándose los bolsillos con el dinero de los pobres.

Una chica con tuberculosis postrada en una cama de hospital con sus últimas fuerzas toma del brazo a un doctor, lo mira fijamente y le dice con apenas un hilo de voz «Ayúdeme, por favor. No quiero morir de pobreza»

Un hombre le da una golpiza a su mujer. Ella no llora, él sí.

En una clínica abortista una enfermera hace pasar al quirófano a una futura ex madre.

Otro adolescente se suicida por amor.

Pero tío, que buen culo tiene esa rubia.

Me imagino a mí mismo entrando a ese estudio de televisión y sentándome junto a la chica desnuda, esperando para presentar ese libro que todavía no he escrito.

Después de todo, los escritores también somos parte del mismo espectáculo. Nuestra obra no es más que un puto entretenimiento para no mirar la vida a los ojos.

No somos diferentes a la rubia.

Mostramos aún más que aquella chica, porque desnudamos nuestras almas.

Y no tenemos almas bonitas.

Monos haciendo monerías para que te entretengas.

Putas moviendo el culo por unos pocos billetes.

Un escape de la realidad.

El comercial dice que me vería mucho mejor con una crema anti-age que me saca hasta dos años en cuestión de meses.

Qué maravilla lo que puede hacer la medicina hoy en día, con todos estos nuevos descubrimientos científicos. Tengo cuarenta y podría verme de treinta y ocho.

Ahora la rubia llora.

Un hombre le acerca tímidamente un pañuelo. Lo hace despacio, casi como si quisiera pedirle permiso y perdón a la vez por intentar ayudarla. No quiere verse como un opresor.

Sabe que hay marcas que duran de por vida y no hay crema que pueda borrarlas.

Nunca nadie admitirá que es adicto al entretenimiento. Pero necesitamos de esta droga que nos mantenga abstraídos, para dejar de pensar en cómo todo se ha ido a la mierda.

No he hecho nada importante. Ni lo haré.

Escogí el camino incorrecto y ya no hay vuelta atrás.

La he cagado.

Y como la vida ya no vale nada, comienzo a vivir un poco la de los otros. Porque no estoy ni cerca de ser tan interesante como aquellos que aparecen en la pantalla. Porque lo más trasgresor que he llegado a hacer es mear con la puerta abierta o fumarme un porro en el balcón.

Es mucho más entretenido saber si esa chica tiene Botox o se ha operado el culo; si aquel hombre le fue infiel a su prometida, o cuánto le habrá costado el perro con cara de pene que tiene la diva.

Si concentras tu atención en la pantalla, ya no ves las paredes

descascaradas, la heladera vacía, las facturas acumuladas.

Desaparecen los platos sucios en el fregadero, las fotos repletas de polvo, el excusado tapado.

La espalda duele menos, la cabeza duele menos, el amor duele menos.

Las plantas muertas, las uñas crecidas, la vida desperdiciada.

Cuando la chica termina de llorar, llega mí turno.

—¿Tu eres el que ha escrito ese libro?

Miro a cámara y nuestro la portada.

—Compren un ejemplar —Sonrío—

—¿De qué se trata?

—De como pasar el rato hasta que te mueres.

Luego las luces se apagan y salgo por la puerta de atrás.

Cambio de canal.

Capítulo 2

FAMOSO POR QUINCE MINUTOS

by Nielsen Gabrich

Cuando comienzas la carrera de periodismo seguramente te imaginas trabajando para uno de los grandes medios. Piensas en entrevistar personalidades, escribir un buen artículo, cubrir algún acontecimiento trascendente que quede para la posteridad.

Quizás ganar un premio.

Unos años más tarde te sientes afortunado de tener trabajo.

Cuando eres cronista para un programa de espectáculos como yo, ya no ves tan mal eso de estar desocupado.

Llevo más de tres horas dentro de una camioneta usada, esperando que Solange Vergara salga de su función teatral.

Larry, el camarógrafo, está sentado a mi lado abrazado a su cámara y con la mirada perdida. Con una hipoteca y una cuota alimenticia a sus espaldas haría lo que fuera con tal de que le pagasen.

Creo que está considerando el suicidio.

No somos los únicos, varios móviles de televisión se agrupan en la puerta del santuario a esperar que la nueva chica del momento con una de sus palabras nos lleve a la iluminación.

Cuando era pequeño creía que estos programas sólo lo veían las señoras con rulos en la cabeza, sin otra cosa que hacer más que enterarse de quien se había acostado con quien.

El mejor programa que se ha inventado en la televisión. Puedes revolver la basura de un famoso sin salir del living de tu casa.

A la gente le encanta conocer la mierda de su artista favorito y a ellos les encanta mostrarla.

En la entrada principal se puede ver un cartel gigante del culo de Solange, con todo lujo de detalles. Abajo dice que es una comedia apta para toda la

familia.

Todos los buenos comediantes están muertos.

Cuando tenía unos diez años, decía que quería ser famoso. Salir en la televisión, sentir el respeto y la admiración de la gente. Saberme más que el común de las personas.

Ser alguien.

Comienzo a escuchar que hay movimientos fuera. Larry me hace una seña indicándome de que la actriz debe estar pronta a salir.

Repentinamente una multitud se agolpa en las puertas del teatro que acababan de abrirse.

Cojo el micrófono y me introduzco entre cientos de otros periodistas como yo que se empujan y se pelean por un lugar cerca de sus tetas. Es como una selva, densa, pero en vez de vegetación, de manos alzadas pidiendo alguna palabra.

Intento acercarle el micrófono a la boca como si fuera un miembro erecto.

—Solange... ¿Cómo estuvo la función?

Mi voz se pierde entre cientos de voces que preguntan.

Los gritos hacen que ni yo pueda escucharme.

—Solange... ¿te gustan los penes grandes?

Metía el micrófono cada vez más dentro de su boca. Ella intentaba apartarlo y yo pujaba más y más.

—Solange... ¿escupes o tragas?

Sonreía y saludaba. No decía una sola palabra.

—Solange por favor, la gente quiere saber. ¿Te gusta que te lo metan por el culo?

Ella subió a la parte trasera de un carro que la esperaba y salió rápidamente del lugar sin contestar una sola pregunta.

Miré a Larry y le dije:

—Está puta tiene aires de diva.

Volvimos a la camioneta en silencio.

Larry se puso al volante y encendió el vehículo. Me acomodé en la butaca del acompañante mientras prendía un cigarrillo.

Siento la mirada penetrante de Larry en la nuca mientras despidió el humo por la ventana.

—No hagas eso aquí tío, hace daño. ¿Nunca has oído hablar de los riesgos de ser fumador pasivo?

Gira la cabeza de un lado hacia el otro en señal de desaprobación, mientras saca de su bolsillo izquierdo un papel metálico doblado en varias partes.

Lo abre cuidadosamente y esnifa un poco de coca.

Arrojo el pitillo a la calle mientras iniciamos la marcha rumbo a un conocido restaurante cercano que frecuentan algunas de las nuevas figuras del espectáculo.

A los doce años me grababa con un pequeño grabador portátil que me había comprado mi padre en uno de sus viajes.

Casi nunca lo veía, pero me regalaba algunas buenas cosas. Su modo de estar presente.

Jugaba a entrevistar políticos, deportistas y actores; pero dentro mío sentía que las personas imaginarias que escuchaban mi programa inventado, lo hacían por mí, más allá de a quien trajera a las entrevistas.

Quería ser importante.

Tardamos cerca de media hora en llegar al lugar.

Aquí estaban cenando el señor Falo, quien rodó su primera película en donde muestra sus pectorales, con la señorita Caraculo, que se hizo famosa luego de que todos viéramos su trasero sin celulitis. Tal vez sea hombre.

Los actores y actrices tienen raras costumbres alimenticias, como comer en horarios impropios. Esto se debe a su agenda de trabajo y a las drogas.

Principalmente a las drogas.

Había varios cronistas apostados, esperando a que saliesen del lugar y se elevasen nuestro espíritu con una alguna de sus ingeniosas frases.

No somos dignos.

Me vi a Larry y a mi repetidos muchas veces, agazapados como hienas esperando a que la presa cometa un error. Y cuando eso suceda asaltarlos desprevenidos y devorarlos con nuestras cámaras para que todos los programas de espectáculos hablen de lo acontecido por un par de días.

Me encantaría tener en exclusiva la imagen de la señorita Caraculo atragantada con una zanahoria mientras el señor Faló le masajea las tetas en un intento de reanimarla.

O que al señor Faló le dé un brote psicótico con delirio místico y comience a golpear al mozo al grito de que vio a Jesús en su tarta de manzana, mientras la señorita Caraculo intenta detenerlo tomándolo del miembro.

Nada de eso sucede.

Al salir recibo nuevamente la indiferencia de ambos. Pasan de mi como si fuera una molesta mosca que apartan con la mano.

Estoy hasta los cojones de esta gentuza de mierda.

Aprieto el micrófono con rabia y en un arrebato de furia se lo arrojo con fuerza al señor Faló acertando justo en su cabeza.

Larry baja la cámara, no da crédito a lo que ve.

Todos los demás filman el micro del canal seis ensangrentado en el suelo junto al señor Faló, que yace desmayado a su lado.

Mañana me despedirán, pero hoy tendrán el rating más alto de su vida.

Me alejo de allí a paso tranquilo. Todos me miran con cara de asombro, pero nadie se me acerca. Me filman, me fotografían. Las luces de los celulares y de las cámaras forman una pasarela por donde camino. Por unos minutos soy el centro de atención, soy la figura, soy el famoso.

Esquivo los flashes y los micrófonos que se acercan a mí. Sonrío y repito una y otra vez "sin comentarios" mientras me pierdo en la oscuridad de la noche.

Once treinta de la mañana suena mi teléfono.

—¡Tío estás en todos los putos canales! —me dice Larry desde el otro lado de la línea—

Prendo la televisión y la escena de ayer se repite una y otra vez. Algunos programas filmaron el momento exacto en que arrojé el micrófono. Hacen zoom en mi cara y debaten sobre mi expresión. Llamaron a especialistas en estados emocionales y expresiones faciales.

«Frunce el ceño, eso es que desata una ira acumulada hace tiempo» dicen algunos. «Entrecierra los ojos, eso es una expresión de crítica al vacío cultural existente en la sociedad moderna» alegan otros. «Es un hijo de puta» escucho también.

Hay quienes conversan sobre mi postura corporal. Estos hacen acercamientos a mi forma de pararme o como apoyo los pies y estiro el brazo. «Es un movimiento preparado»

«Aprieta las nalgas, eso es que contiene sus ganas de cagarse en la sociedad»

«¿Tiene el pene erecto?»

Llaman a algunas de mis ex novias para corroborar este último punto.

«No creo que se hubiese notado, tiene la picha pequeña»

No la recuerdo, puede que saliéramos alguna vez, pero también es probable que se la hayan inventado. Cogieron una mujer cualquiera, le dieron un par de líneas para que memorice y la pusieron frente a una cámara. En un mes tendrá alguna participación en un programa mediocre. Quizás la metan en algún lugar donde puedan grabarla 24 / 7 mientras se baña, mientras caga, mientras duerme, mientras come un plátano. Luego vendrá el teatro y en un año su primer intento de suicidio.

Debería haberme dedicado a ser guionista de las nuevas estrellas emergentes.

Por un segundo siento celos. No deberían darle tanta exposición en cámara, están hablando de mí, céntrense en mí y en mi picha pequeña.

Otros canales me siguen analizando, esta vez mis energías extracorpóreas.

Cambio de emisora. Están diciendo que mi comportamiento es claramente

una demostración de mi falta de sexo.

Cambio. Un programa católico dice que es por la sobreexposición a la pornografía que, al igual que la radiación, produce mutaciones a nivel celular que pueden desencadenar en comportamientos violentos. Y la culpa de todo eso la tiene el diablo.

Cambio. Soy machista.

Cambio. Soy gay.

Cambio. Soy alienígena.

Es jodidamente difícil ser así de famoso.

No sé cómo debe actuar alguien famoso y exitoso, nunca lo he sido. Gracias a dios tengo Instagram, donde puedo ver que hace la gente famosa y exitosa. Que comen, donde vacacionan, como viven, donde cagan.

Algo bueno debe tener ser famoso, por algo en todas las fotos están sonriendo y siendo felices. Mi fracaso se hace más evidente al ver sus #InstagramStories.

Yo también haré mis historias y la gente envidiará mi vida.

Primero debo salir de mi apartamento, aunque no creo que eso sea sencillo.

Debe haber miles aguardando mi salida, rogándome una frase, una sílaba, cualquier cosa que les aclare, aunque sea mínimamente, lo sucedido el día anterior. ¿Debería pararme a contestar sus preguntas o simplemente ignorarlos?

Necesito un jefe de prensa. Alguien que me diga cómo actuar, que decir, que hacer. Si ayer hubiera tenido un jefe de prensa me podría haber asesorado que cara poner y como pararme a la hora de arrojar el micrófono y darle en la cabeza al Señor Faló.

¿Estará muerto?

Un sudor frío recorre mi espina dorsal.

—Cáncer—pensé—

Luego caí a cuentas que podía ser por miedo de lo que me pudiera pasar por matar al puto señor Faló. No remordimiento, lástima o tristeza por haberle quitado la vida a otra persona. Después de todo, ¿qué más da una

vida? Somos siete mil cuatrocientos millones de personas. La vida de una sola, y sobre todo la de ese sujeto, no tenía la más mínima trascendencia.

Eso diré en la corte. «Señor Juez, la vida de ese hombre era intrascendente, hasta innecesaria.»

En el canal de noticias dicen que estamos a las puertas de una posible debacle económica, pero ahora se ocuparán del tema del día. Yo.

Cambio. En el canal de cocina, hay un chef que maldice mi nombre. Tal vez era el dueño de aquél restaurante y acabo de matar a su mejor cliente.

Cambio. La chica del clima dice que hoy estará nublado por culpa mía.

Cambio. Muestran al Señor Falo saliendo del hospital en silla de ruedas y con vendas en la cabeza. Una enfermera con dos pechos enormes que amenazan con destrozar el pequeño delantal blanco que lleva, sostiene una bolsa de suero, intentando la mejor pose para que las cámaras tomen la marca de aquella sustancia. Todo está vendido.

El señor Falo saluda a los medios de comunicación que lo esperan y sonrío. Es todo un montaje, lo sé. Aquel golpe que casi lo mata, no fue para tanto. Actúa y es mal actor. Ahora que se recupera, centrarán la atención en él y no en mí.

Se alejan mis chances de ser un Influencer.

Las horas pasan y sigo retenido en mi pequeña cárcel personal. En Twitter hay varios hashtags con lo sucedido la noche anterior. Algunos quieren lincharme, para otros soy el puto amo. #PitoCorto es tendencia mundial.

Abro la puerta y me asomo al pasillo.

La señora Hopkins está limpiando la entrada a su apartamento. Nada tiene que ver con Anthony, se lo he preguntado en más de una ocasión.

Lleva el mismo camisón blanco de todos los días, junto con un pañuelo beige en la cabeza. O tiene muchos camisones iguales o nunca se cambia, lo que es más probable. La pobre no está bien desde que su marido murió.

Cuando me ve, me saluda con la mano y sonrío.

Encontraron al hombre en la cama desnudo y erecto. Uno de los médicos me confesó que falleció cuando la señora Hopkins le practicaba un

fellatio.

«El corazón» me dijo mientras se tocaba el lado izquierdo del pecho.

Ahora cada vez que miro su sonrisa repleta de dientes amarillentos pienso en su boca succionándole el pene a su marido muerto. Quizás lo hizo muy fuerte y le sacó hasta el alma. Es una teoría, no lo sé.

Respondo a su saludo levantando la mano. Ninguno habla, el sonido de su escoba pasando sobre el piso una y otra vez es lo único que se oye.

Bajo los tres pisos que me separan de la planta baja por la escalera. Me pongo la capucha del abrigo y unos lentes oscuros para intentar pasar desapercibido.

Camino pausadamente hacia la puerta de salida.

Mis manos tiemblan, mi boca se seca, el corazón se acelera. Sudo como un puerco que llevan al matadero. Bajo aún más la capucha y acomodo los lentes.

Abro la puerta.

Nadie.

Alguien casi se tropieza conmigo y me insulta al pasar.

—Hijo de puta. —me dice—

Me siento estafado.

Así debió sentirse aquella muchacha que invité a casa a ver una película. Y sólo vimos la película.

Soy un perfecto imbécil. Debería sentarme en una banca con una caja de chocolates.

El fuerte sonido de Vogue hace que me sobresalte. Es la canción que le puse a mi teléfono cada vez que llaman de mi trabajo.

Me gusta Madonna.

Dos chicas que pasan cerca de mí, se ríen y me miran. Deben pensar que soy gay. Aprovecho la situación para mirarles el culo. Ambas lo tienen perfecto, como un melón. En el punto justo de madurez.

Atiendo. Es la secretaria de mi jefe que me pide que vaya a verlo de forma urgente. Debe querer tener el placer de decirme en la cara que

estoy despedido.

Levanto mi brazo y me abalanzo sobre el primer taxi que veo. Prácticamente le vomito mi destino al conductor y le pido que se apresure. Soy un hombre ocupado.

Noto que me observa por el espejo retrovisor.

—¿Usted es alguien importante? —me indaga—

—¿Me conoce de algún sitio? —respondo—

—Realmente no, pero le diré para quien usted siempre es importante.

Ese hombre obeso detrás del volante ha logrado captar mi atención.

—Para Jesús.

Juro que le daré propina si deja de hablarme en este preciso instante.

—¿Cree usted en nuestro salvador?

Sólo cuando necesito a alguien a quien culpar de mis errores.

—Pues él está dispuesto a perdonar tus pecados si crees y te arrepientes.

Desearía que un camión nos embistiese.

—¿Estás dispuesto muchacho?

Por favor, que cruce un semáforo en rojo y parte del cerebro de un peatón quede esparcido sobre el parabrisas.

—Déjeme aquí mismo—contesto mientras le arrojo el dinero—

Me apresuro a bajarme del vehículo lo más rápido posible. Estoy a unas diez cuadras que prefiero caminar a seguir escuchando al predicador en su capilla móvil.

Hace demasiado calor. Para una persona nocturna como lo yo, todo me parece molesto de día. Soy una especie de vampiro al que no le gusta la sangre, sino que se alimenta de otras sustancias igual de nocivas.

No existen los vampiros. En el ambiente se sabe que murieron de sida en los noventa. Eran gente maja.

¿Las personas siempre son tan ruidosas? Me acostumbré a la noche donde reina la calma. Quizás algún grito por una violación o el quejido de un

homicidio, pero no mucho más.

Estoy cerca, pero con cada paso lamento no haber seguido el viaje con aquel buda del catolicismo. ¡Me arrepiento! ¡Me arrepiento! ¡Perdona mis pecados!

Cuando al fin llego al edificio me dirijo directamente a la recepción, donde aguardan bellas mujeres de labios pintados de un rojo furioso que anunciarán mi llegada.

—Busco al señor Peterson. —digo—

Con voz metálica y con las mismas expresiones faciales que un robot, una de las chicas me indica que debo subir por el ascensor hasta el piso once.

Le agradezco, pero no responde.

Debe ser uno de los nuevos robots con IA.

O tiene la cara llena de Botox.

Subo pensando en que voy a decirle. Creo que sólo aguantaré sus gritos y luego escupiré en su rostro con toda la fuerza que pueda, para irme por el mismo lugar por donde vine. Es buen plan, jamás se olvidará de mí. Pensaba defecar en su escritorio, pero no puedo hacer si me miran.

El ascensor tiene las cuatro paredes espejadas. Es como mirarte todo el tiempo sin querer perderme de nada de mí mismo. ¿Esta verruga es nueva? Ahora sé que mi perfil derecho no es el que más me favorece. Tampoco el izquierdo.

Creo que tenía más de quince años cuando me enteré que Papparazzi no era una pizza con mucho queso.

Cuando llego me detiene su secretaria y me pide que la acompañe hasta el despacho de su jefe.

Voy detrás mientras me entretengo con el movimiento de sus glúteos. No era nada espectacular, pero es más divertido que ver la horrible alfombra turquesa bajo mis pies.

Al ingresar, Peterson me está esperando con el brazo extendido. Estrechamos las manos y me pide que me siente.

Sin dilación, me ofreció una nota en la página central de una de sus revistas, además de una entrevista en uno de los exitosos programas de

la farándula, donde pueda relatar el suceso desde mi punto de vista.

Luego debería presentar mi renuncia. Los famosos no me querían cerca de ellos, me temían y le desagradaba mi presencia.

Lo entiendo.

—La semana entrante nadie recordará nada de lo sucedido, otro escándalo ocupará la pantalla —me dijo—

Quizás una modelo que folla con su perro o algún cantante acusado de abusar de su abuela. Da lo mismo lo que sea, lo importante es que las personas lo consuman.

Cambio.

Maldita sea, no puedo cambiar de canal, esto es la realidad.

¿Esto es la realidad? Qué asco.

El señor Peterson me confesó que el señor Falo no sería famoso mucho más tiempo. Mi arrebató había alargado un poco más su decadente carrera que acababa de empezar.

—Seamos sinceros—me dijo mirándome a los ojos—no haces un buen trabajo. Tu sólo estás aquí por recomendación de Tony.

No conozco ningún Tony, pero tenía razón y era porque después de un tiempo dentro de ese mundo, te importa una mierda lograr una nota decente. Lo único que haces es preguntar cosas como «¿Te sientes bien con tu nuevo color de culo?» o «¿Aún sientes el pene en tu boca con todo ese colágeno?»

No me convencía su propuesta. Le dije que quería escribir un libro y presumir de ello.

—Quiero escribir un libro.

—Tú no podrías escribir bien ni los obituarios. ¿Para qué quieres hacerlo?
—me dijo—

—Para presumir de ello.

No conozco argumento mejor. Quiero algo importante, no un panfleto cualquiera. Algo con tapa dura y hojas gruesas, no importa lo que diga dentro.

Me dijo que era una buena idea y me fui de allí.

—Voy a pensarlo, vete de aquí.

—Sí señor Peterson.

Salí más satisfecho de lo que esperaba. Quizás podría ser alguien después de todo. Dejar algo que demuestre mi paso por esta tierra, aunque esté mal hecho. Las futuras generaciones dirán que era un mal escritor, y eso es mucho en comparación con los millones de personas de las cuales nunca se dirá nada.

Quizás soy un genio.

Quizás sólo necesito una siesta.

Todo está pasando muy rápidamente y yo no he dormido lo suficiente como para asimilarlo. Necesito volver a mi departamento. No sé si hoy tengo más o menos problemas que ayer.

Levanto mi brazo y me abalanzo sobre el primer taxi que veo. Una vez dentro, noto que el chofer me observa por el espejo retrovisor.

—¿Usted es alguien importante?

Mierda.

Capítulo 3

ABRAZO A LA SOLEDAD

by Nielsen Gabrich

Todas las mañanas enciendo la televisión esperando encontrar alguna noticia que me dé ganas de seguir.

Que me de ese empujón que necesito para salir adelante. Que restaure mi fe.

La muerte de un famoso, por ejemplo.

Siempre se siente bien saber que no todo es comidas exóticas en playas deslumbrantes donde el sol siempre brilla.

Ellos también pueden estar hundidos en el barro.

Levantaré las cejas y diré en voz alta, "pero si era tan joven", aunque no lo fuera, mientras le doy un sorbo a mi café caliente que siempre está tibio.

Seguramente pensaré que tiene que ver con drogas. Aunque fuera un accidente de tránsito, aunque digan que fue un ataque al corazón o alguna larga enfermedad.

Me siento mejor pensando que detrás de esa increíble máscara que muestran en Instagram, lleno de belleza y glamour se esconde algo mucho más oscuro, hediondo, que supura.

Y que para esconderlo necesitan drogas.

Saco del blíster un ansiolítico y lo pongo bajo la lengua.

La mujer que da las noticias dice sonriente que una bomba a caído en un hospital de niños en algún país asiático. Murieron miles, carbonizados, luego de mucho dolor y sufrimiento.

También me pide que recuerde que hoy se estrena una nueva serie. La del puto ese.

No deja de mostrar todos sus dientes mientras da una noticia tras otra. Supongo que debe pagara de alguna u otra forma el canje con el dentista.

Lo mismo pasa con las actrices con grandes escotes y vestidos ajustados. Son el escaparate donde el médico muestra los resultados.

Gratis es sólo una palabra, parte de la verdad.

La vidriera donde se exhibe lo que otros querrán. No sirve de nada un catálogo si puedo decir: "Quiero las tetas que tiene Jennifer" o "Necesito el culo de Alyssa"

Todo su cuerpo está vendido.

Sus dueños lotean sus partes para mostrar lo que después venderán. Peinado, vestido y accesorios. La dieta que hace que mantenga su perfecta figura, el maquillaje que no puedes dejar de usar antes de salir de casa, la crema que hace desaparecer la celulitis en solo cuatro semanas.

Cuando piensas que han llegado al límite se pone de moda vender ideales.

Ahora en la pantalla, una de las nuevas actrices en ascenso, da la noticia de que encabezará una asociación por los derechos de la mujer y comienza a hablar de los beneficios del aborto.

Que esa organización se financie con los millones de dólares aportados por una clínica abortista es sólo un detalle insignificante.

Si lo dice alguien famoso debe ser cierto ¿No? —pienso mientras unto mantequilla a las tostadas de pan integral—

Algo sabe que desconozco, por eso él está en la cresta de la ola y yo veo las noticias esperando a que fallezca. O que lo arresten, al menos.

A veces pienso que estoy desperdiciando mi vida.

Yo también era un hombre con sueños y ambiciones ¿sabes?

Aspiraba tener una casa con piscina. Vacacionar una vez por año en alguna playa bonita. Tomar un poco de sol, beber un coctel.

Vamos, como realmente debe ser la vida.

Enseñarles a mis hijos a montar una bicicleta en el parque, adoptar un par de perros y ponerles algún nombre de mierda.

Eso que hace la gente común.

Un día, casi sin darme cuenta, todo se fue a la mierda.

Las cuentas empezaron a acumularse y el dinero se acabó.

Mis sueños de la vida bonita y feliz fueron desapareciendo. Quedaron en el pasado como un recuerdo de algo que nunca ocurrió. Un deseo convertido en una frustración.

De un momento a otro, ella descubrió que ya no era el hombre de su vida.

Un día estás eligiendo el sillón perfecto para la casa que compartirán y al otro descubres que no le gusta el sexo.

El sexo contigo. Con otros le fascina.

Ya no te presta atención, de vez en cuando te habla del clima.

Pero tú la amas.

Aunque te olvide en un rincón, como al sillón que compraron aquella vez.

Doy otro trago al café para que pase lo que tengo atorado en la garganta.

Mi gato se frota sobre mi pierna una y otra vez. Levanta la cola y mira hacia arriba. Maúlla.

Supongo que todos necesitamos un poco de cariño de vez en cuando.

Lo alzo y lo pongo sobre mis piernas. Lo acaricio delicadamente desde el cuello, pasando por su espalda, hasta donde empieza la cola. Repito el mismo movimiento un par de veces, hasta que decide dar un salto, para alejarse del lugar y de mí.

Supongo que no todos necesitamos el cariño de cualquiera.

Una mañana ella se fue sin despedirse.

Se llevó su ropa, sus zapatos, sus perfumes. Dejó todo lo que ya no le servía, lo que no necesitaba. Lo viejo, lo usado, lo secundario. Lo molesto, lo que le resultaba indeseado. Yo.

Un gran cartel en letras rojas aparece en la pantalla con la leyenda "Último Momento"

Intenté convencerme de que era lo mejor, que me entendería con la soledad, que ella sería una buena compañera, pero siento que muero un poco cada día.

Es posible que hasta me esté volviendo loco.

Pensé en el suicidio. No de una forma triste, sino como algo que podría pasar en algún momento, aunque no quiera. Mi muerte no me importaba demasiado.

Entonces fui a ver a un doctor que me dijo que el dolor, la tristeza y la depresión son sólo reacciones químicas de nuestro cuerpo que podemos controlar y me recomendó hacer más ejercicio. Dijo que una buena caminata aumenta la cantidad de serotonina en el cerebro, por lo que no era necesario recurrir a los antidepresivos.

Ahora salgo a caminar. También tomo pastillas.

Recogí un gato de la calle y lo obligué a ser mi mascota. No le he puesto siquiera nombre, él no lo necesita y yo tampoco.

Entendí que para convivir con la soledad primero debo estar en paz contigo. Hacer una tregua con mis fantasmas. Aceptar como compañeros de cuarto a mis dolores. Sino, se torna insoportable.

El amor no es más que otra reacción química de nuestro cuerpo.

Sé que en algún momento el gato también se irá. Prefiere la incertidumbre de la calle antes que estar encerrado todo el día en un puto apartamento donde caga, come, duerme y mira la televisión.

No me importa demasiado.

Todos estamos a una despedida del suicidio.

Músico, veintisiete años. Lo encontraron en la bañera abrazado a una botella de wiski escoces y hasta el culo de pastillas.

La discográfica acabad de twittear «Estamos profundamente afligidos en la pérdida repentina de una artista tan admirable». Es todo lo que dirán. Mañana se habrán olvidado de él.

El sol sigue saliendo, la gente continúa con su rutina, todo sigue adelante.

Todo pasa y eso me resulta insoportable.

Me pongo serio al escuchar la noticia. Por un momento me olvido de todos mis problemas. El dolor desaparece, la angustia se transforma.

Digo en voz alta "pero si era tan joven" mientras tomo mi celular.

Escribo en Twitter: "Estoy realmente devastado. Se fue un gran músico y mejor persona"

No lo conocía. Jamás escuché siquiera alguno de sus temas.

Agrego el link con la noticia escrita en un diario digital.

Después pienso que no se trata de cuándo o como dejas de existir, sino de cómo fue la vida que llevaste hasta ese momento. La muerte termina por no ser el evento trágico, sino la vida que algunas personas llevamos hasta morir.

Entonces lloro.

Capítulo 4

CARNE

by Nielsen Gabrich

—Bienvenida, toma asiento.

Anna era morocha, con el pelo corto y ojos azules. Tenía la piel muy pálida y sus mejillas estaban sonrojadas. Sonreía tímidamente, como forma de exteriorizar su nerviosismo. Vestía totalmente de negro, con un sweater y una pollera que le llegaba hasta los tobillos. Llevaba unas botas de cuero del mismo color que su indumentaria.

Cuando se sentó, cruzó las piernas.

—¿Tu nombre?

— Anna.

—¿Qué edad tienes?

—18.

—¿Has terminado la escuela?

Anna asiente con la cabeza.

—¿Tienes pareja?

—No.

—¿Cuáles son tus hobbies?

—Me gusta pintar.

—¿Ese es tu sueño?

—Si.

—¿Tienes otros sueños?

—Me gustaría vivir lejos de todo. Creo que en las montañas.

—Y has venido aquí a trabajar con nosotros.

Mueve la cabeza de arriba a abajo afirmando.

—¿Cuántas veces has hecho esto?

—Nunca.

—¿Es tu primera vez?

—Si. —Se sonroja aún más mientras sonrío—

—¿Cómo crees que te sentirás cuando te desnudes?

—No lo sé, soy un poco tímida.

—¿Cuáles son tus límites?

—¿Cómo?

—Tus límites. Que cosas no te animas a hacer.

—No lo sé...

—¿Te gusta chuparla?

—No lo sé...

Anna ya no sonrío. Su expresión ahora es de total seriedad. Los nervios se han transformado en tensión.

—Cuando te acuestas con un tío, ¿se la chupas?

—No he tenido sexo muchas veces...

—¿Cuántas veces?

—Una vez...—su rostro está visiblemente colorado y se nota su voz entrecortada—

—¿De verdad?

Anna asiente.

—¿Estabas enamorada?

—Fue con mi pareja, pero no estaba enamorada.

—¿Qué edad tenías?

—16.

—¿Qué cosas te gustan?

Anna se cruza de brazos, mira al techo y aprieta los labios. Piensa una respuesta, pero no se le ocurre nada.

—¿Has tenido un orgasmo?

Anna ríe tímidamente y se lleva una mano a la boca, como queriendo ocultar su sonrisa. Finalmente dice que sí con la cabeza.

—¿Te masturbas?

—Sí.

—¿Con que frecuencia?

—No lo sé... a veces.

—¿Tienes "juguetes"?

—No.

—Como te gustan los chicos?

—Me gusta que sean altos...

—Me refiero a su pene —La interrumpe— ¿Te importa el tamaño?

—Solo he tenido sexo con un chico, y no lo tenía muy grande.

—¿Te gusta que te la metan por el culo?

—Nunca lo he intentado.

—¿Te gustaría tener sexo con otra mujer?

—No me gustan las mujeres.

—Está bien. Quítate la ropa.

Henry encendió un cigarrillo y esperó a que la chica se desvistiera.

Llevaba las bragas y el brasier del mismo color que su ropa.

—Quítate todo, la ropa interior también. Déjalo sobre el sofá.

Anna obedeció y se quedó de pie frente a él, totalmente desnuda. No estaba rasurada, lo que la incomodó al momento de desvestirse. Sintió como si se alejara de ciertos cánones estéticos que debiera haber tenido en cuenta antes de prestarse a una situación como esta.

—¿Crees en dios?

—¿Cómo?

—¿Rezas?

—Si, a veces.

—Muy bien, acuéstate sobre el sofá. Espera, déjame verte el culo. No, no así. Arrodillarte y ábrete el culo con las manos. Tienes un culo perfecto.

El sofá blanco de símil cuero estaba helado. Al tomar contacto con él su pálida piel comenzó al llenarse de marcas rojizas.

Henry se acercó a ella, desabrochó su pantalón y sacó su pene.

—Agárralo.

Él tomó una de sus manos y la puso sobre su miembro, mientras le acariciaba la vagina e intentaba introducir sus dedos dentro de ella.

Anna cerró los ojos y comenzó a masturbarlo.

—¿Cómo era tu nombre?

—Anna.

—Anna, ven, chúpame la polla.

Ella obedeció.

—Joder, lo haces muy bien.

—Nunca lo había hecho —dice mirándolo a los ojos—

—¿Es la primera vez que haces una mamada?

—Si —mueve la cabeza mientras continúa—

—Ven aquí.

Anna se acostó sobre el sillón. Henry fue encima de ella, abrió sus piernas e intentó meterle la polla torpemente.

—No es ahí.

—Ponla dentro.

Henry comenzó a moverse. Bombeó durante unos minutos, pero no lograba ponerla bien dura. Finalmente se sentó y volvió a masturbarse.

—Ahora quiero que me lamas las bolas.

Anna se arrodillo frente a él y comenzó a pasar su lengua por sus huevos, mientras él agitaba su miembro con los ojos cerrados. Unos segundos después la jaló fuertemente del cabello, apartándola de él.

—Voy a venirme sobre ti.

Comenzó a eyacular mientras gemía. Ella intento hacerse a un lado, pero no logró esquivar el líquido que cayo violentamente sobre su cara y sus pechos.

—Precioso. Ahora vístete.

Anna comenzó a vestirse apresuradamente mientras Henry se encendía otro cigarrillo.

—Te llamaremos si necesitamos de ti —dijo a modo de despedida—

Apenas termino de ponerse su ropa, dejó la habitación. Bajó por la escalera los dos pisos que la separaban de la salida y cruzó la avenida. Se sentó en uno de los bares de la esquina, en una mesa de fuera del lugar. Enseguida un mozo llegó para atenderla.

—Una tónica por favor.

Tenía la garganta reseca. Busco en su cartera y saco un papel que habla guardado esa mañana.

«Positivo»

Lo doblo en dos y lo dejo nuevamente dentro de su cartera.

Capítulo 5

INAUGURACIÓN DE UN RETRETE

by Nielsen Gabrich

Estaba bebiéndome una cerveza y una chica se acercó al taburete dónde estaba sentado.

—Voy a dejar que me beses si dejas que mi hermano te la chupe.

—¿Cómo?

—Besémonos. Pero a mí hermano le gustaría hacerte una mamada.

Mire sobre su hombro y apoyado sobre una pared al lado del baño de hombres estaba un chaval, menudo y de ojos grandes que apartaba a posta la mirada.

Miré de nuevo a la chica y dije:

—Vale.

Así que me fui con ellos.

La tía era simpática, hablamos un rato de trivialidades sin importancia. El chico me sonreía cuando me miraba, pero no decía una palabra.

Subimos a su apartamento y me senté en el sillón de la sala. Ella me alcanzó una cerveza fría.

Por un momento pensé que podrían drogarme para robarme los órganos o algo así. No sé, no los conocía de nada.

Así que le di un trago largo a la cerveza. «Que pase lo que tenga que pasar», me dije a mi mismo.

Ella se sentó a mí lado. Dejé mi bebida a una pequeña mesa a un costado y comenzamos a besarnos. Yo me bajé la bragueta y le dije al hermano:

—Haz lo que tengas que hacer.

Empezó a tocarme la polla con la mano y sentí como se la metía en la

boca mientras yo besaba a la chica. Se me empezó a poner dura.

Empecé a meterle mano en el culo y le dije:

—Quiero ponértela.

Ella sonrió y metió su lengua nuevamente en mí boca, casi hasta la garganta. Yo la tomé del cabello y apreté, aún más, su boca contra la mía.

El chico seguía a buen ritmo.

Desabroché el pantalón de la chica y puse mi mano entre sus piernas. Comencé a hurgar su interior con mis dedos que notaba cada vez más húmedos.

Le gustaba la situación, no la ponía para nada incómoda que su hermano me la estuviera mamando al mismo tiempo que mi índice y mí mayor estuvieran dentro de su cuerpo.

A mí me daba lo mismo. No me hubiera importado que, en vez del muchacho, su perro fuera el que me la estuviera lamiendo.

—Me corro—dije.

—¿Qué? —preguntó ella.

—¡Que me corro! —repetí.

Me aparte de ella. Tomé la cabeza del hermano y la apreté con fuerza contra mí pelvis mientras gemía a los gritos.

Ella comenzó a golpearme en el hombro y a gritarme:

—¡Suéltalo que lo ahogas!

Yo no disminuía la presión. Parecía un volcán y no iba a soltarlo hasta que terminara mi erupción.

Finalmente lo deje. El chico estaba rojo y empezó a toser. Normal.

Ella fue hasta la cocina a traerle un vaso con agua.

—¡Eres un animal!

—Sí, lo sé. Tráeme algo para limpiarme.

Me alcanzó unas servilletas de papel, que deje arrugadas sobre la misma mesa donde descansaba la cerveza.

Quería quedarme un rato más, pero al parecer la magia había acabado.

Di un trago largo a la lata y dije:

—Creo que es todo.

Me incorporé y salí de allí.

Fui al bar la noche siguiente, me senté y me tomé una cerveza. No voy a mentir, esperaba volver a verla, pero ninguno de los hermanos apareció de nuevo por allí.

Aproveché para embriagarme, o por lo menos lo intenté. A veces el tamaño de mi cartera no coincide con mis ganas de hacer algunas cosas y la gente es poco generosa, sobre todo si su negocio es vender aquello que pides que te regalen.

—¿Conoces a la mujer que viene aquí con su hermano? —pregunté al camarero.

—No sé de qué hablas —contestó.

Salí a la calle y me eché a andar sin saber bien adónde iba. Terminé tocando su timbre, de forma un poco más insistente de lo que me gustaría reconocer.

Nadie contestó y supuse que no estaba, aunque si se encontraba allí, entendía que no quisiera atenderme. Yo tampoco me hubiera abierto.

Pasaron los días y me fui olvidando de ella. Es lo bueno que tiene el tiempo. Lo único bueno, quizás.

Seguí yendo a los bares, perdiendo en los hipódromos, peleando en las calles. Normal.

Conocí otra chica. Le daba duro al vino. Tenía también otras virtudes. Creo que ella sólo buscaba a alguien que pueda pagar su vicio, pero a su ritmo y en el lugar que estábamos iba a ser difícil que lo encontrara.

A la segunda botella le dije que nos fuéramos de allí. Ella aceptó sin reparos.

Caminamos hasta su casa que quedaba a un par de calles. Entramos y me senté en su sillón mientras esperaba que trajera otra botella. No tenía

ganas de beber, pero no dije nada.

Había una foto de un hombre en la pared. Parecía un tipo grande, de esos que le das la razón, aunque no la tengan.

Cuando regresó, le pregunté quién era.

—Es mi marido. —contestó—

—¿Cómo? No me van las casadas.

Las casadas con maridos que me podrían romper la espina en un minuto, debería haber dicho.

—No te preocupes, está muerto.

Descorchó la botella y me sirvió un poco vino. Bebí un buen sorbo. Era una porquería. A ella no parecía importarle.

—¿Qué le pasó? —pregunté—

—¿A quién?

—A tu marido.

—Ah, a ese hijoputa. Lo maté.

—¿Tú?

—Sí, no me hacía feliz en la cama. Ahora vamos, quiero que me des por el culo.

Me tomo del brazo y me condujo hacia la habitación. Llevó también ese vino de mierda consigo. Yo sudaba. Si se había cargado a ese hombre, podría hacer conmigo lo que quisiese.

Cuando entramos al dormitorio había un tipo en la cama.

—Es mi hijo. —dijo.

Nos reconocimos enseguida. El hijo de esa mujer era también el hermano de aquella otra chica.

—Cuídate la polla. —dijo ella.

—¿Cómo?

—Le gustan los hombres. ¿Te va ese rollo?

—No jodo con hombres.

El tío salió de la habitación y ella comenzó a besarme. Cuando se me empezó a poner tiesa me olvidé de aquel chico, su hermana y de su padre.

Me echó sobre la cama y comenzó a chupármelo.

Ahora entiendo de donde el chico había sacado tal destreza.

Luego se sacó las bragas y se sentó sobre mí. Estuvimos así un rato hasta que por fin me vine.

Ella se acostó a mi lado, tomó un trago y se encendió un cigarrillo. El humo me estaba mareando y tenía ganas de vomitar.

—¿Tienes mas hijos? —pregunté—

—¿Por qué quieres saber?

—Sólo para conversar de algo.

—No.

Me levanté y fui directo al baño.

—¿Dónde vas? —dijo—

—Creo que debo vomitar.

—Ten cuidado con el retrete, es nuevo.

Me importó una mierda. Abracé el retrete y me puse a devolver. Se podría decir que fui parte de su inauguración. Creo que después me quedé dormido unos minutos. Quizás fueron horas.

Me levanté y volví al dormitorio. La mujer estaba dormida. O muerta, no me fije. Aproveché que no me miraba y me limpié la polla con las sábanas. Luego me vestí y empecé a buscar a su hijo por la casa, pero ya no estaba. Me quedé con ganas de preguntarle sobre aquella chica que lo había presentado como su hermano.

Finalmente decidí irme de allí. Había salido el sol, brillaba fuerte en el cielo. Caminé unas cuadras y me tomé el autobús. Me sentía muy

cansado.

Normal.

Creo que voy a intentar olvidar todo este asunto.

Capítulo 6

SUPERFICIAL

by Nielsen Gabrich

Tomás entró cabizbajo a la sala. Al levantar la vista vio al licenciado sentado en su sillón. Advirtió el escaso pelo que tenía en la cabeza, pero un gran mostacho oscuro sobre sus labios. Típico —pensó—

El hombre sacó unos lentes de su estuche y se los colocó lentamente sobre su nariz. Le sonrió y con un movimiento de su mano le indicó el diván donde Tomás debería sentarse.

—Buenas tardes. Soy el Licenciado Fernández y seré tu psicólogo. Puedes llamarme Felipe, si lo deseas. Ante todo, quiero que te sientas cómodo y tengas la tranquilidad de que nada de lo que hablemos, ni de lo que pase, va a salir de aquí.

Tomás asiente con la cabeza.

—¿Puedo llamarte por tu nombre?

Tomás asiente nuevamente.

—Tobías, cómo esta...

—Tomás —interrumpió— mi nombre es Tomás.

—Ah sí, disculpa. Bueno dime, ¿cómo estas hoy?

—Bien. Un poco nervioso. Nunca había tenido una sesión de terapia antes.

—Es normal estar un poco acojonado. Los psicólogos tenemos el poder de recomponer la mente, pero también de destruirla.

Tomás le sonrió sin saber muy bien que decir.

—¿Qué edad tienes ahora?

—Veinticinco.

—¿Qué edad tenías cuando ocurrieron los hechos?

—Unos quince.

—Estabas bastante grandecito.

Tomás no responde.

—¿Que recuerdas de la primera vez que ocurrió? —continúa el licenciado—

—La primera vez recuerdo que mi padre entró en mi habitación, se sentó en mi cama y me dio un beso en la boca.

Su voz tiembla al evocar el recuerdo. Lo angustia revivir ese momento.

—Tranquilo —dice Fernández— con calma.

—Estaba paralizado. Quería correr, pero ¿dónde iba a ir? Tomó mi mano y la puso en su pene. Hizo que lo masturbara, mientras el me tocaba a mí por arriba del pantalón.

—¿La tenía grande?

—No sé qué tenga que ver eso...

—Es solo para ver cuán lúcido tienes el recuerdo de aquella situación.

—No lo sé. Normal supongo.

—Y tu... ¿tuviste una erección cuando él te tocó?

—Creo que no...

—Crees... (Si eres un guarro.) —susurra—

—¿Cómo?

—Que continúes por favor.

—Una noche me dijo que fuera a su habitación a ver una película con él y puso una pornográfica. Mientras la mirábamos me pregunto si me gustaban los hombres.

—¿Qué contestaste?

—iiiiQue no!!!!

—Le mentiste... ¿no es así?

—iiiiNo!!!! Me atraen las mujeres.

—Claro, continua. (Putito.) —susurra nuevamente—

—Esa misma noche me dijo que me quedase a dormir con él. Cuando apagó las luces podía sentir como apretaba su cuerpo contra el mío. Por más que lo intentaba, no podía separarme.

—Disculpa, pero creo que lo que me estás contando es demasiado íntimo y el tipo de terapia que estoy utilizando no es el correcto. Mea culpa. Para tratar mejor tu caso creo que sería conveniente tener un contacto más directo. Cercano. ¿Te parece si me siento en el diván contigo?

—Si a usted le parece.

—Muy bien. Tu sígueme contando, no te detengas.

—En una oportunidad —continúa Tomás— me dijo que me vaya a duchar y él se metió conmigo. Luego comenzó a tocarme con la excusa de que me estaba enseñando a lavarme el pene correctamente.

—¿Tienes calor? ¿hace calor verdad? ¿Quieres que ponga un poco el aire?

—Estoy bien...

—Continúa por favor.

—Algunas veces me despertaba y lo veía parado en las sombras masturbándose mientras me miraba. Me sentía muy vulnerable. Tenía mucho miedo.

—Que linda la cadenita que tienes en el cuello. ¿Eres católico?

—Sí, supongo...

—Tienes los pectorales trabajados... ¿haces ejercicios?

—Por qué me está preguntando eso ahora...

—Es solo para conocerte un poco más, para acercarme a ti. No te preocupes, prosigue con el relato.

—En una oportunidad entró a mi cuarto y se metió en mi cama. Me pidió

que le hiciera sexo oral y luego me penetró.

—¿Y cómo te sentiste? ¿Te gusto?

—iiiiNOOO!!! Como cree.... ¿QUE ESTA HACIENDO?

—Son solo unos masajes, estas un poco tenso. Relájate.

—¿Por qué hace esto?

—¿Te gusta?

—Me estoy sintiendo incómodo.

—Y yo siento que estoy muy caliente, ¿sabes? Me has puesto muy cachondo.

—¿Qué dice?

—Mírame, la tengo tiesa. ¿Buscabas esto?

El psiquiatra lo tomó por el pelo e intentó besarlo. Tomás lo empujó intentando resistirse. Fernández lo abofeteó varias veces con fuerza hasta que cayó al suelo. Luego lo cogió con rudeza y lo arrojó de espaldas en el diván. Le bajó de un tirón el pantalón y comenzó a besarle el culo. Después se puso a azotarle las nalgas con la mano abierta, una y otra vez.

Cuando se cansó de golpearlo, bajó su cremallera, sacó su pene erecto y se la metió por el ano.

Tomás intento gritar, pero Fernández hundió su rostro en el colchón del mueble.

Estuvo bombeando un rato hasta que se vino sobre el culo de su paciente.

—¡Mierda! Que bien has estado.

Tomás no dijo una sola palabra.

—Creo que lo vamos a dejar aquí por hoy. Ha sido una sesión movilizante.

Tomás con lágrimas en los ojos y visiblemente adolorido se subió el pantalón y se dirigió a la puerta.

—Espera Tobías. No has abonado la consulta. —dijo el licenciado.

Tomás regresó, sacó un billete y lo arrojó sobre el diván. Giró y se dirigió nuevamente a la puerta de salida.

—Te espero el miércoles próximo. No lo olvides.

Capítulo 7

SÓLO MÍDELO EN CENTÍMETROS

by Nielsen Gabrich

Mi primer jefe se llamaba Fred. Yo tenía unos veinte años y aún pensaba que se podía triunfar en una profesión como el periodismo de espectáculos.

Algunos lo llaman prensa rosa.

Una de mis primeras notas fue con una de las divas más grandes de este medio, Sunsan Sánchez. Por supuesto que estaba acojonado.

La teníamos en exclusiva para que hable sobre el nuevo incidente que revolucionaba el mundo de la farándula. Un momento bisagra para una humanidad a la que le faltan un par de guerras.

Si hablara de escándalos políticos sería prensa amarilla. El termino se usó para referirse al modo sensacionalista de hacer periodismo por parte de Joseph Pulitzer.

Fred me llamó a su oficina y mientras giraba a mi alrededor despidiendo humo del puro que fumaba, me aconsejaba como hacer una entrevista que valga la pena.

—Debes hurgar en su basura. —dijo—

—¿Qué debo buscar?

—Cualquier cosa, la gente necesita saber.

Si no encontraba una toalla sanitaria o un tampón podíamos decir que estaba embarazada. Si se atreve a desmentirlo podríamos dejar caer sutilmente la idea de que se ha provocado un aborto.

Si hablara de hechos sangrientos o violencia explícita sería prensa roja.

Por el hueso de pollo o un borde de un bistec sabíamos que no era vegetariana. No importa si ella lo había consumido.

Cuando demos la nota asumiremos que en algún momento ella afirmó que no comía carne por estar a favor de los derechos de los animales. Lo haya

dicho o no.

Desmontaremos su mentira.

Si hablara del medio ambiente sería prensa verde.

Era importante buscar cajas de pastillas, saber que toma con que está medicada. Con cualquier ansiolítico o un antidepresivo diremos que tiene problemas psiquiátricos. Si veía aspirinas o ibuprofeno anunciaremos que tiene alguna enfermedad grave. Cual se nos ocurrirá más adelante.

Una jeringa significa el uso de heroína.

Demasiados pañuelos descartables significaban el uso de cocaína.

—Podría estar resfriada.

—Siempre es cocaína.

Si encontráramos colillas o papel para armar cigarrillos podíamos presumir que fumaba marihuana a diario. Mínimo día por medio.

—Canábica hija de puta.

A nadie le importa la verdad, solo quieren consumir algo, lo que sea, lo que les digas que deben consumir.

—Cuando vas a una de esas casas de comida rápida. ¿Piensas en la vaca que murió para que comas esa hamburguesa? —dice Fred—

—No. —respondo—

—¿En el cerdo del que arrancaron la piel para que disfrutes ese bacón?

—No.

—Claro que no, quizás esté hecha de rata. Hay cosas que es mejor nunca saber. Lo único que te interesa es el sabor.

Aprendo de cada una de sus palabras, aunque hay veces que no lo entiendo.

—El periodismo es lo mismo. Las personas buscan la noticia procesada. La materia prima les da igual. No les importa la vaca. Ni si quiera quieren saber si la vaca es en realidad una rata. Lo único que interesa es el sabor, la noticia.

Asiento con la cabeza, pero mi mente aún procesa sus palabras.

Hay cosas que es mejor nunca saber.

Si hablara de crímenes y delitos sería prensa negra.

Fred decía que para las estrellas siempre es mejor que hablen de ellas a que no se diga nada.

—Cualquier cosa es mejor que el silencio. Hasta la peor noticia es buena.

Es su forma de conseguir trabajo, de mantenerse todo el rato sobre la cresta de la ola. Las personas olvidan rápido y siempre hay alguien dispuesto a tener un escándalo para sobresalir.

Alguna chica siempre puede decir que ha sido abusada.

Algún chico siempre puede decir que es homosexual y que lo discriminan por eso.

Desmentirán cualquier cosa que diga la prensa, quizás griten, lloren, se ofenderán y amenacen con juicios y abogados, pero por dentro están felices que se pronuncie su nombre.

La realidad es que no les importa que dicen las noticias sobre ellos, sólo lo miden en centímetros.

—Ese es el secreto —decía— por eso importa una mierda si es mentira o verdad.

Si sería objetiva se llamaría prensa blanca.

Mi camarógrafo y yo fuimos a entrevistar a Susan a la mansión más lujosa del barrio más lujoso.

Recordé a mi padre cuando me hablaba de que nada se consigue sin esfuerzo y sacrificio. Una polla.

Nos escoltaron hasta una sala y nos hicieron sentar sillón de cuero de cocodrilo beige y cojines de tela blanca.

Cinco minutos después ella llegó a la sala donde la aguardábamos con un vestido negro transparente con abundantes encajes y sin sostén.

Tendí mi mano para saludarla, pero ella pasó de mi como si fuera parte del mobiliario.

Mi camarógrafo prendió su cámara.

—Que se vea bien el escote —dijo Susan—

Seguramente eran nuevas y esa era su forma de pagarlas.

Puse el micrófono muy cerca de su boca y comenzamos la nota.

Conversamos sobre la nueva obra de teatro que protagoniza. Se trata de una mucama que emborracha a su jefe para acostarse con él. Me dijo que era pícaro comedia familiar, ideal para verla con tus hijos. Y no, no es una adaptación a ninguna obra conocida de Shakespeare.

Luego quise indagar sobre el tema que me había llevado hasta allí. Necesitaba que habláramos acerca del controversial suceso que tenía en vilo a la opinión pública. Su valiosísimo testimonio me haría crecer en mi profesión. El canal seis sería número uno en audiencia y las redes sociales se harían eco de mi nota. Mi talento como cronista sería apreciado por millones, el público pediría mis crónicas, las estrellas implorarían que les haga un reportaje.

Yo miraré mi apretada agenda y diré... quizás en mes o dos...

—Solo quiero que sepan que este tema me tiene muy preocupada, pero no voy a hablar más de este asunto.

Agradeció la presencia del canal en su casa, se incorporó y se marchó por el mismo sitio que había entrado.

Hija de mil putas.

Con sólo una frase había tirado mis sueños al retrete. ¿Y sabes que le ocurre cuando tiras muchas porquerías al excusado? Las cañerías se tapan y la mierda se desborda.

Ese era yo en ese momento. Pura mierda.

Llegué al canal solo con un video cutre de Susan Sánchez diciendo cosas que nadie quería escuchar.

Fred miró la nota con atención sin decir una palabra.

—El logo del canal seis en el micrófono se ve perfecto. —dijo—

—Pero en realidad no dijo nada import...

—¿Alguna vez has filmado a tu novia mientras te la chupaba?

—Interrumpió—

—Quizás...

La verdad es que he gravado a varias de mis ex novias hablando al micrófono igual que lo hacía Susan.

—¿Te has puesto a pensar que en realidad no la filmas a ella, a su cara, sino lo que hace con tu pene?

Sutil diferencia, pero era cierto.

—Con el periodismo es igual. Me importa una mierda lo que haya dicho, lo realmente esencial es que el logo del canal seis se haya visto claramente.

—Tampoco pude hurgar en sus desechos —le digo— pero podríamos inventarnos alguna historia...

—¿Sin pruebas que la sustenten? ¿Estás loco?

Así era él.

Fred murió años después en la mesa de operaciones de una clínica privada a la que había asistido para hacerse una liposucción. Un rumor dice que también le habían practicado una gluteoplastía, pero no puedo afirmarlo.

Ningún medio cubrió la noticia.

Creo que hoy el mundo es un lugar un poco más triste.

Capítulo 8

SE AMABLE

by Nielsen Gabrich

No hay día que no piense en la muerte. Que no considere el abuso de pastillas como una opción válida para atravesar este momento.

El fin de un ciclo, el último capítulo de una serie de mierda.

Sólo he existido, nada peculiar.

Como cada mañana que entro a mi trabajo, Peter, mi compañero, está parado en una esquina con una mano en el bolsillo y sosteniendo su café humeante con la otra, esperando para saludarme.

—¿Cómo estás Peter? —Me dice al verme.

Todas las noches cuando cierro los ojos tengo la esperanza de no abrirlos al día siguiente.

—Estupendo ¿y tú Peter? —Contesto sonriente.

Peter se sienta dos escritorios delante de mí, en una interminable fila de monos obedientes, vestidos de oficinistas que teclean incansablemente, con miradas perdidas en las pantallas de su ordenador.

El teorema del mono infinito afirma que un mono tecleando teclas al azar, durante un período de tiempo infinito, puede escribir cualquier obra de Shakespeare.

Eso demuestra que somos genios potenciales, solo nos falta tiempo.

Nuestro vello corporal ha evolucionado en trajes y camisas de precios módicos y las ramas de árbol son ahora sillas reclinables.

La tasa que Peter mi compañero sostiene tiene un dibujo de un niño y la frase "El mejor papá del mundo" que cambia de color según la temperatura del líquido que contenga.

Quizás lleve a su muchacho los sábados a practicar algún deporte y aplauda su esfuerzo a pesar de que sepa que es pésimo.

Para él esto es más que su trabajo, es una especie de religión. Y como tal hará cualquier cosa por ascender a los cielos, aunque estos estén en el piso once.

Por eso cuando el jefe visita nuestras jaulas, Peter se abalanza sobre él para mostrarle una foto de su familia en la playa y le cuenta que durante sus vacaciones pensó en él. Aun cuando asoleaba su culo en la arena. Aun cuando le hacía el amor a su esposa. Aun cuando ayudaba al tarado de su hijo a atarse los cordones.

Ese es su camino al cielo. El paraíso es un ascenso una oficina más grande, una secretaria que la chupe mejor que su esposa o un secretario bien dotado que explore lugares que él no llega con los dedos.

Hará cualquier cosa por estar más cerca de su dios. Él también es un creyente que desea alcanzar la santidad y para ello flagela su cuerpo y su mente no con látigos y espuelas sino con interminables jornadas laborales.

Y lo hace sonriente.

Es el conejo detrás de la zanahoria. Y esa zanahoria es la esperanza. La esperanza de dejar de ser un conejo y convertirse en lobo.

Por supuesto que no todos lo consiguen y algunos quedan a mitad de camino. Puedes verlos a diario marchitarse. Sumergidos en el bucle infinito de la rutina que le es imposible salir.

Se les cae el pelo, los dientes, los ojos, la polla y mueren lentamente. Puedes sentir su desesperación, oler su tristeza.

Observas como se ahogan en un mar de mediocridad y no puedes hacer nada para salvarlos. También yo voy camino a ello.

Es como si navegara en una balsa rumbo a una cascada. Está frente a mí, veo cómo me acerco lentamente hacia ella, pero, aunque intento remar, no puedo apartarte de mi destino.

Muchos se cuelgan o se vuelan la cabeza. Los que llegan a viejos terminan en un apartamento con dos gatos, subsistiendo con una puta pensión que sólo les alcanzará para pagar los remedios del dolor de culo que les dio estar doce horas por día haciendo lo que mierda sea que hagan.

Si no me muero antes, voy a comprarme dos mininos y les pondré Michi y Fus.

—¿Podríamos pescar este domingo? —dice Peter, mi compañero.

No quiero pescar me aburre y me aburres tú. Te odio y odio todo este maldito sistema que me condena a llevar una existencia vacía y sin alma, solo por necesitar cubrir algunas necesidades básicas. Te detesto, me das mucho asco.

—Buena idea. —respondo.

Peter sigue hablando, pero ya no lo escucho. Seguramente me estará contando sobre la vez que vio a uno de los gerentes meando en el baño de empleados o alguno de sus tantos chistes sin gracia.

—Jefe, ¿puedo salir dos horas antes? Mi mujer quiere que le acompañe a hacer unas compras —De ninguna manera —Gracias jefe, yo sabía que usted no me iba a defraudar.

JAJAJAJAJA.

Peter suelta una carcajada como si realmente hubiera sido bueno. De su tasa sigue saliendo vapor.

Lo miro y le sonrío. Que risa, carajo.

Mis manos se mueven en el teclado y golpean cada vez con mayor fuerza la barra espaciadora. Sé que no se romperá, los que la diseñan tienen en cuenta el nivel de frustración que descargas cada vez que separas una palabra de la otra.

La cabeza empieza a dolerme y no son siquiera las diez de la mañana. Creo que es por el horrible perfume que le regaló la esposa de Peter en su cumpleaños. Espero que lo haya elegido el que se la folla y en este momento estén los dos descojonados de risa mientras se echan un polvazo.

El teléfono suena. Mi cabeza duele aún más. Es uno de nuestros clientes que me manda a tomar por el culo al mismo tiempo que me llega un correo electrónico de alguien que hace referencia a algunos orificios de mi señora madre.

Hago exactamente lo que indican las normas de la empresa. Primero sonrío, aunque no haya físicamente nadie que pueda verlo. Luego le brindo un trato cordial. Afable, pero respetuoso.

Debo recordar que están grabando todas mis conversaciones, revisando todo mi correo con el único fin de brindar un servicio de calidad.

Las reglas también indican que debo ser amable, pero tratarlo con distancia. Cuando exista algún problema, siempre hay que actuar con serenidad, y nunca contradecir al cliente. Mucho menos indicarle qué parte de mi cuerpo pueden introducirse por el culo ni hacer alusión a cuánto le gusta a su mujer el tamaño de mi polla.

Está prohibido llamar a un consumidor por el nombre de pila. Siempre debemos dirigirnos por cortesía como "Señor", "Señora" o por su apellido. Jamás debemos decirles "Cara de Pene", "Retrasado" o hacer alusión a alguna característica física como "Gordo de Mierda".

Hay gente que se ofende con facilidad y puede ocasionarnos problemas.

Cuelgo.

Mi corazón avisa que está próximo al infarto.

Aun así, debo agradecer tener este empleo, porque a mis espaldas hay una fila interminable de monos que harían lo mismo por la mitad de mi salario.

Hazme caso, cuando tengas un problema no te descargues con los empleados. Están ahí muchas veces por el mínimo, aceptando la explotación que reciben solo porque tienen la mala costumbre de llevarse algo de comida a la boca.

El responsable de que tu lavarropas no funcione, o de que tu dildo no haya llegado en la fecha convenida, no es quien está tomando tu reclamo.

Quien está escuchando tus mierdas ha sido puesto ahí por alguien que no quiere soportar tus putas quejas, que seguramente te detesta y lo único que desea es contar los billetes que le das sin oír lo que tengas que decir.

Se amable.

Mi madre decía que debo ver el lado positivo de las cosas, por lo menos tengo trabajo. Hay gente en África que muere de hambre. Mi padre nunca me dio un buen consejo, ni siquiera me enseñó a ponerme bien un condón.

Quizás ni él lo sabía, por eso es que estoy hoy aquí.

Peter se va hacia su celda, mientras yo sigo haciendo lo mismo que haré mañana y pasado. La luz de la pantalla golpea mi rostro mientras me pregunto ¿Hasta cuándo?, aunque ya se la respuesta.

Todos aquí lo sabemos, aunque lo disimulemos tras una sonrisa cada mañana de mierda.

A veces las personas tienen la mala costumbre de preguntar de que trabajo, como si fuera algo que deben saber.

Seguramente lo has hecho también, en más de una oportunidad.

Trabajo de lo mismo que tú y que tu colega. Me empleo en lo que tu padre y en lo que trabajarán tus hijos si corren nuestra suerte.

Soy una estadística. Un hombre blanco que cobra el salario mínimo. De edad madura, pudriéndose.

Alguien insignificante, intrascendente. Uno de los millones de Peters que ves a diario caminar por las calles. Me conoces, nos conoces a todos. No sabes nuestros nombres, pero sí a que nos dedicamos, para lo que te somos útiles.

Reparamos tu auto, vendemos tu seguro, atendemos tus reclamos, te recomendamos esa crema para las hemorroides que tan bien te ha hecho.

Somos alguien como tú, aunque creas que eres distinto.

Se amable.

Cuando eres amable con uno de nosotros lo estás siendo también contigo.

Lo demás no importa.

Ahora, debo seguir haciendo mi trabajo, que consiste en lo mismo que hace la gran mayoría. Hacerle ganar dinero a alguien más.

Y debo ser agradecido por tener esta oportunidad.

Si nunca has pensado seriamente en el suicidio, no has apreciado realmente la vida.

Capítulo 9

LA IDEA NO ES VIVIR PARA SIEMPRE

by Nielsen Gabrich

Imagina la cara de mi médico leyendo los exámenes a los que me he sometido hace un par de semanas atrás. Ves como su semblante cambia y se pone serio. Habla despacio, eligiendo sus palabras con cuidado. Se abstiene de ser demasiado técnico, pero sin descuidar su profesionalismo. Se muestra afable, cercano, intenta parecer amigable.

Eso es lo que deben enseñarle en la facultad de medicina.

No lo conocía hasta hace un par de semanas, cuando comenzaron los síntomas, y ahora me siento más ligado a él que a mi puto padre.

Ya busqué los resultados en Google.

Si eres un sujeto que, como yo, siempre quiere tener la razón, créeme cuando digo que hay ciertas cosas en las que es preferible estar equivocado.

Ahora mi doctor, que al parecer también es mi amigo, toma mi brazo con su mano derecha mientras dice palabras como lucha, batalla, pelea, fuerza, coraje.

Creo que sé de qué guerra me habla.

Intento escucharlo con atención, pero ya no lo comprendo. Solo puedo ver como se mueven sus labios debajo de su copioso y cuidado mostacho. Creo que mi corazón se ha detenido, no siento la estampida de hace unos segundos atrás.

Cuando me despide de su consultorio le juro que seguiré cada una de sus palabras al pie de la letra. Me arrodillaría ante sus pies como si fuera un dios pagano si así lo requiriese, pero sólo dice que en mi caso es recomendable que vea a un psicólogo.

Imagina un poco más allá, cuando mi nuevo analista baja sus gafas para mirarme directamente a los ojos para luego decirme:

—Todos vamos a morir algún día.

Después de haber ido con el cura sanador que me ha recomendado una de mis tías, y tras arrepentirme por no haber sido un buen cristiano por no haber dado el diezmo en la misa, puedo ver como se rasca la coronilla y baja sus lentes hasta la punta de su nariz para mirarme directo a los ojos y decirme:

—Todos vamos a morir algún día.

Quizás dios me odia.

Ahora imagina un paso más adelante, cuando bajo al sótano de una iglesia con el nombre de algún santo muerto de alguna forma horrible a reunirme en una sala pequeña con olor a tabaco y café barato con unas quince personas con las que supuestamente tengo algo en común. Tomamos asiento en círculo sobre pequeñas sillas de madera donde apenas me entra el culo y mientras comento mi situación con los presentes una mujer gorda me interrumpe para decirme:

—Todos vamos a morir algún día.

Probé terapias alternativas como comer un tipo de cereales que sólo cultiva en un país cuyo nombre cambia cada tres años. Por lo menos eso dijo el que los vende. Comí insectos de variedad de colores y tamaños de nombres que no recuerdo y bebí gotas de plantas extintas en pequeños frascos de color marrón oscuro que sabían a mierda.

Practiqué religiones extrañas como adorar animales y a mujeres con muchos brazos. Hablé con los muertos, encendí velas y jugué a las cartas.

Quizás dios me odia. Todos ellos.

No importa. Estoy seguro que un día alguien vendrá y me confesará que todo es mentira. Que dios son los padres. Que la muerte es el final del camino y todo eso del cielo y el infierno es para que sea un buen muchacho y no haga ninguna travesura.

Por las dudas a veces rezo.

Pensé en comprarme una pistola para ser yo quien elija el momento. Quisiera sentirme por una vez ganador y esta podría ser mi única oportunidad de triunfar.

Sólo espero no fallar.

No quisiera despertarme en un hospital con la mitad del cerebro, no pudiendo recordar cómo llevarme una cuchara a la boca o cuál es la

tendencia este verano.

Una vez que hayas imaginado todo eso, piensa en mí ahora, mientras me repito a mí mismo:

—Todos vamos a morir algún día.

He leído ya, todos los libros de autoayuda que he podido. Me gustaría poder pensar que es verdad eso de que si realmente creo en algo voy a poder lograrlo. Qué solo hace falta mi energía positiva para alcanzar todo aquello que me proponga. El universo conspirará a mi favor y cumpliré todas mis metas.

Que al final, seré feliz.

Pero al universo le importo una mierda, y cada día que pasa estoy más hundido en el fango que el anterior.

No existe la llave, ni el secreto, ni polla que pueda ayudarme. Aunque quizás he sido yo el que no me he concentrado lo suficiente.

En la televisión un indio con barba me dice que toda la vida estuve respirando mal y que él me puede enseñar cómo hacerlo correctamente. Claro que sólo me lo dirá por un módico precio. Creo que voy a darle dinero, no podría mentirme con esa carita de bueno.

Compré piedras de diferentes colores que me vendió un anciano sentado en ojotas sobre una alfombra en una plaza, de larga barba blanca y mirada serena. Me dijo que eran muy efectivas para el tratamiento de numerosas afecciones. Se nota que debe saber de lo que habla.

Hice que me clavarán agujas porque me aseguraron que me vendría bien desbloquear mis chakras, dejé que me picaran abejas, reubique mi cama a una pared sin ventanas y compré adornos que tengan resonancia con la naturaleza. Hasta me metí café por el culo. Y era del caro.

He dejado que una chica pusiera sus manos cerca de mí porque, según ella, iba a transmitirme una energía sanadora proveniente del cosmos. Yo quería que me toque, pero no puso ni un solo dedo sobre mi cuerpo.

Aun así, me sentí manoseado.

Ahora estoy sólo en mi cama, entre las sábanas retorcidas. No sé si podré volver a salir alguna vez de aquí. Tengo miedo de dormir.

Las voces de la televisión me mantienen despierto, no sé por cuánto. En el programa de espectáculos una famosa actriz dice que tomar la primera

orina de la mañana es la solución para todos los problemas de salud.

No, no voy a hacerlo. Estoy un poco cansado de intentar. Creo que sólo dejaré que sea lo que tenga que ser.

Mi idea nunca fue vivir para siempre.

Sólo espero que no se acabe vuestra imaginación y pueda pedirte mañana que me sigas imaginando.

Sólo un poco más. No será por mucho tiempo.

A fin de cuentas, todos vamos a morir algún día.

Capítulo 10

QUIEN CREEN QUE ERES

by Nielsen Gabrich

Wilson se sentaba tres asientos delante de mí y era el típico chico callado del curso. El martes sacó un arma en plena clase, apuntó a nuestra maestra de literatura, la señorita Ramírez y le disparó dos veces en la cabeza.

La mujer cayó pesadamente sosteniendo Rayuela de Cortázar entre sus manos.

Todos sabíamos que algo así podía suceder. Hemos visto las noticias, ha habido otros casos similares. Nada es tan inesperado como queremos creer.

Claro que al principio pensamos que todo era una broma, pero no era la clase de chico que juegan bromas.

Tardamos apenas unos segundos en reaccionar, tiempo suficiente para que le apuntara a la cabeza a Laura Higgins y disparara nuevamente.

Quizás hubo señales que decidimos no ver. Miramos hacia otro lado, incrédulos de lo que podría sobrevenir o demasiado crédulos de que no seríamos objeto del fatal destino.

Porque diosito nos ama.

La chica de cayó de espaldas al suelo y su cabellera rubia comenzó a teñirse de rojo carmesí. Su cuerpo temblaba débilmente y podía escucharse que emitía un silbido tenue, probablemente porque tendría alguna dificultad para respirar.

Todos decían que era una zorra. Se corría el rumor que se lo había chupado a Randy en el baño de las chicas del segundo piso del colegio. Aunque ella se ocupó de desmentirlo más de una vez, nadie le creyó. Todos seguían hablando a sus espaldas, creo que por envidia. Los varones teníamos ganas de que una chica así nos la chupe y las chicas hubiesen querido que Randy se fije en ellas.

Ahora supongo que nunca se sabrá la verdad.

En ese mismo momento comenzaron los gritos. Me tire al piso y usé uno de los pupitres de madera como escudo, aunque sabía que eso no me protegería. Vamos, si hasta podría agujerearlo con la punta de un bolígrafo.

Samuel Phillips, el inteligente de la clase, se cubrió la cara con su manual de física y cerró fuertemente sus ojos, como si eso lo protegiera de una bala. Estar así de cagado hace que te falle el cerebro.

Henry Jefferson intentó correr hacia la puerta, pero no logró llegar. El nerviosismo del momento sumado a su obesidad mórbida hizo que no sea lo suficientemente rápido cómo para escapar. Dos balas perforan su espalda y se desvaneció en ese mismo instante.

Carajo. Le había prestado veinte billetes que no volveré a ver.

En ese momento me puse a pensar que haría cuando sea mi turno. Cuando me apunte con su pistola y vea que está a punto de oprimir el gatillo.

—¡Espera, no lo hagas! Recuerdas aquella vez que...

No existía aquella vez.

Wilson no era mi amigo, pero tampoco nos llevábamos mal. Simplemente pasaba de él, como la mayoría.

Era el típico chico que sabes que alguna vez lo encontraras vendiendo hierba en la universidad con el cabello largo, algunos tatuajes y una remera de Mötley Crüe.

Sabía tanto de él como se de uno de los casilleros del pasillo o una de las sillas del aula. Sólo era parte del decorado que veía a diario, pero nada más.

Pude ver como miraba entre los cuerpos amontonados tiritantes e indefensos buscando algo o a alguien.

Todos se apartaban de su mirada como si sus ojos fueran el cañón de su pistola. Yo hice lo mismo, claro, e intenté moverme ligeramente hacia la derecha para cubrirme aún más de lo que estaba, pero me topé con el cuerpo inerte de la señorita Ramírez que me lo impidió. Tenía los ojos abiertos y sus heridas en la frente aún sangraban.

Voy a ser sincero, mi único pensamiento en ese momento fue que no tendría que estudiar para el examen de la semana siguiente.

Wilson siguió explorándonos con su mirada, parecía un animal salvaje eligiendo una presa de entre la manada. Finalmente encontró a quien buscaba.

Tomó a Randy del cabello y le apoyó el revólver en la frente. Estuvo así unos segundos, estoy seguro que quería que el chico sienta el frío del cañón, se ponga a llorar y se cague de miedo.

Parecía que quería humillarlo antes de matarlo.

Randy comenzó a sollozar y se cagó de miedo.

Espero que sea verdad que Laura se la haya chupado.

Repentinamente las puertas del aula se abrieron y un hombre ingresó con las manos en alto.

—Quiero que te calmes. Podemos resolver lo que sea que te pase.

Wilson lo miró e inmediatamente se angustió. Su cara cambió, podía notarse que hacía fuerza para no ponerse a llorar como un crío.

Sentí lástima por él.

—Todo se arreglará. —continuó diciendo.

Mentira. Llegado a este punto nada puede arreglarse. Solo quedaba saber hasta dónde llegaría la mierda.

A Wilson sólo le quedaban dos salidas y ninguna era bonita.

El hombre que entró con las manos arriba, haciendo que se le suba la remera y se le vea su desagradable estómago cubierto de bello, era José, el encargado de la limpieza del edificio.

Sé que tiene dos hijas que asisten a este colegio. A una no la conozco, la otra no está muy buena. Creo que se llama Carmen y es la que se lió con el profesor de educación física... bueno esa es otra historia.

José intentó acercarse lentamente, un paso a la vez. Quizás en algún momento pasó por su cabeza que podía llegar a el chico, arrebatarse el arma y lograr inmovilizarlo.

Pero Wilson tenía otros planes. Sin mediar palabra levantó el arma y disparó dos veces contra el conserje. Una de las balas dio en la pared mientras que la otra le atravesó el cuenco ocular, haciendo que el hombre

se desplome.

Luego volvió sobre sus pasos y apoyó nuevamente el cañón en la cabeza a Randy que seguía inmóvil en el mismo lugar. Gatilló. No pasó nada. Otra vez. Nada.

—Mierda, las putas balas —dijo mientras abría el tambor de su revolver.

Caminó lentamente hasta su mochila y con mucha tranquilidad se puso a buscar dentro.

Un par de mis compañeras aprovecharon su distracción para salir corriendo a toda hostia. Él no hizo nada para detenerlas.

Sacó una caja de municiones y comenzó a recargar con lentitud su arma. Miró a Randy y comenzó a contar las balas a medida que las ingresaba en la recámara.

—Una, dos, tres...

El puto Randy estaba observando la secuencia sabiendo lo que ocurriría a continuación, pero al parecer no lograba moverse. Estaba totalmente paralizado. Ni siquiera parpadeaba.

No sé cómo coño no se meó encima.

—Cuatro, cinco, seis.

Cuando termino de cargar, cerró el tambor, levantó su arma y le apuntó a la cabeza. Supongo que se había cansado de hacerlo sufrir. Creo que sabía, también, que su tiempo se agotaba.

Disparó. Una, dos, tres veces.

El chico recibió todos los impactos en el pecho.

Inmediatamente después puso el cañón dentro de su propia boca. Estuvo por unos segundos en esa posición, inmóvil.

Luego se llevó el arma a la sien.

Me pareció una buena decisión. Me imagino los memes que le harían si muriese con una pistola en la boca. Parece que se estuviera comiendo una polla. ¿Entiendes? Nadie quiere morir así.

Oprimió el gatillo, pero, al parecer, estaba más duro de lo habitual.

—Carajo.

Otros tres de mis compañeros huyeron por la puerta, mientras él se ocupaba de golpear el cilindro contra su mano, primero, y luego contra su muslo.

La alarma comenzó a sonar y un ruido ensordecedor inundó el lugar. A pesar de eso, pude escuchar como se le escapó un tiro e impactó contra el suelo.

Volvió a apoyar el revolver en su cabeza.

Miré hacia un costado para no observar la escena y noté, para mi sorpresa, que la señorita Ramírez había dejado de sangrar.

Oigo un último disparo.

No sé cuánto tiempo habrá pasado desde ese momento, pero no me moví de ese lugar hasta que entró la policía y me obligaron a ir con los paramédicos. Me llevaron afuera, me sentaron en la parte de atrás de una ambulancia, me dieron una manta y un vaso con agua.

Hacía como treinta grados y no tenía sed.

Pude ver como sacaban los cuerpos cubiertos por sábanas blancas, mientras llegaban los móviles de la televisión. Por todos lados se oía las palabras masacre y tragedia.

Los curiosos se amontonaban y los agentes de policía intentaban apartarlos del lugar, pero llegaban más y más. El morbo es un sentimiento muy poderoso.

Más tarde me enteré por los medios que Laura Higgins había llegado viva al hospital, pero había fallecido a las pocas horas de ingresada.

Mis padres llegaron un tiempo después y me llevaron a casa.

Hoy me dijeron que debía venir aquí al juzgado para contar todo lo que había sucedido. No tengo mucho más que decir.

—Agradecemos tu testimonio. Es importante para saber que pasó. —me dice el hombre que me tomaba declaración—

No creo que nunca se sepa realmente que paso. Va a ser otra de las anécdotas que se cuentan en los pasillos de la escuela. Se inventarán historias, chismes, cotilleos. Van a decir que alguien le contó que le

contaron que otro escuchó.

Un pobre chico, un héroe, un loco.

Nunca importa quién eres en realidad, sino quien creen que eres.

Con el tiempo hasta se llegará a dudar que esto realmente haya pasado alguna vez.

Como el bucal de Laura.

Negacionistas, revisionistas y aquellos que sostienen la versión oficial pelearán por quien tiene la verdad. Y ninguno la tiene.

—Espero que hagan algo —le digo al hombre del juzgado— No quisiera que esto vuelva a pasar en ningún otro lugar.

—Tranquilo. — me responde— Hemos adoptado las medidas pertinentes. Wilson reprobará la asignatura.

Capítulo 11

LA NADA MAS GRANDE DE TODOS LOS TIEMPOS

by Nielsen Gabrich

No quiero hacerme el puritano, pero extraño un poco cuando existía la vergüenza.

Si decías "pija" en tu casa, te miraban con cara de culo y, cuanto menos, te comías un regaño. Si, por casualidad, reproducías un audio con gemidos, esos que te mandaba alguno de los hijos de puta de tus amigos, te ponías tan nervioso que se te enredaban los dedos intentando apagar esa mierda.

Hoy la familia mira porno sentados en la mesa mientras comen. Las discusiones son a qué actriz le darían el premio por la mejor mamada o por qué actor se dejarían llenar la cara de leche.

La sexualidad se ha normalizado. Y no digo que eso este mal, solo que dan más importancia a lo sexual de lo que se merece. Hablar todo el tiempo de lo mismo llega a saturar.

Ya entendí que te gustan las pijas no es necesario que me muestres la boca abierta y preguntes que te metería en una historia de Instagram.

Vivimos en una época en donde puede considerarse abuso saludar con un beso o dar un abrazo, pero puedo ver a una persona completamente desnuda en casi cualquiera de sus redes sociales.

Antes mostrar un pecho en televisión era revolucionario. Me acuerdo cuando esperaba los programas nocturnos con el chorra en la mano con la esperanza de ver un pezón que me diera una razón para jalármela.

O cuando miraba los canales porno codificados, muy cerca de la pantalla para ver si podía distinguir alguna parte de un cuerpo en aquellas figuras distorsionadas. Las pajas que me debo haber hecho con porno gay sin siquiera saberlo.

Hoy en cualquier programa de cocina te enseñan a hacer un cunnilingus mientras cocinan un pollo para la cena.

"Para empezar, roza delicadamente sus labios mayores y menores con tu lengua. Asegúrate de precalentarlo entre 180-200° antes de meterlo, aunque todo depende del peso y el tamaño. Luego aumenta un poco la

presión y la velocidad y juega con sus labios menores. Combina los masajes con sutiles succiones. Luego de una hora puedes sacarlo y servirlo con una guarnición."

Todavía no son las diez de la noche y el conductor de uno de los programas de más vistos de la televisión, pregunta a sus invitados famosos: "¿Alguna vez tomaron merca del culo de un travesti?"

Nadie se ofende, ninguno se disgusta. Hay unas seis personas y todos tienen alguna anécdota que contar y se pelean por quien la expone primero.

—Una vez estaba lamiéndole los pezones a mi novio... —Comienza a narrar la chica rubia de grandes pechos con vestido corto y apretado.

El pudor ha desaparecido. Los límites entre lo público y lo privado se ven difusos.

No culpo al presentador, después de todo ¿qué les puede preguntar? Si casi todas las personas que invitan a ese programa se hicieron conocidos por mostrar el culo en algún lado o por participar de algún escándalo que tomo cierta notoriedad.

Y no digo esto con resentimiento, pero ves a cada pelotudo que no sabes con que demonio pactaron para tener la popularidad que tienen. ¿Habría alguna guía en YouTube que me diga que pasos seguir para alcanzar la fama?

La chica sigue relatando su historia ante la mirada atenta de sus colegas. El conductor participa en la charla únicamente diciendo una y otra vez:

—Que fuerte.

Y no es que esto pase solamente en televisión.

En twitter podés leer a diario como una chica que todavía no aprendió a lavarse el culo escribe: "Que ganas de comerme un pene negro" o que un chico que todavía va al secundario enseñe como se debe hacerse correctamente una felatio, mientras que mantiene una discusión acalorada con otros chavales, tan vírgenes como él, sobre las mejores técnicas para lograr la eyaculación femenina.

Todo tiene que ver con el sexo.

"Te muestro mi pileta" Foto culo.

“Viste mi pelo” Foto culo.

“Estos son mis abuelos” Fotos de los abuelos en el bolsillo trasero del jean ajustado.

Hay publicaciones donde no sé si comentar que lindo o cuánto cuesta.

Y no solo son las chicas. Con los chicos pasa la misma mierda.

“Te gustaría ver a mi nueva mascota” Foto polla.

“Creo que me ha picado algún insecto” Foto polla.

Si quieres ver un streaming seguramente te topes con alguna una chica con un escote pronunciado te diga que la prostitución es una forma de opresión hacia las mujeres y que debería ser abolida. Pero que te mostrará un poco más si le donas diez pavos.

Vender packs se ha convertido en el trabajo más rentable de la juventud, y a pesar que tengas todo el porno gratis que quieras al alcance de la mano, te planteas seriamente en comprar alguno que otro.

¿Cuánto cuesta el de tu prima?

La intimidad se ha convertido en mercancía para el entrenamiento. Exponemos nuestra propia carne para el consumo de un mercado ávido de lujuria. El capitalismo nos ha devorado.

Antes, esta especie de exhibicionismo resultaba trasgresora. Pero cuando se vuelve común y ves a alguien en pelotas en cada puto lado que mires, se convierte en algo no solamente normal, sino hasta aburrido. Si, tenés lindo culo, pero la otra tenía un lunar en forma de luna en cuarto menguante que me ponía realmente duro. Ese límite entre la belleza y el cáncer me ponen a tope.

Hoy creo que trasgrede el que entiende que todo esto está bastante sobrevalorado.

Deberíamos encontrar la belleza alejándose del cuerpo. Claro que suma puntos si chupa bien la pija, pero está bueno admirar al otro por cosas que no pueda mostrar en su Instagram, que no piense en su Twitter, que no comparta en el muro de Facebook.

La chica rubia sigue hablando en el programa.

—A mi novio le encanta el fisting.

—Eso es porque debe tener el ascendente en libra, como mi hermana —le contesta otro de los invitados mientras toma un sorbo de su copa de vino tinto.

—Qué fuerte —vuelve a decir el conductor.

Toda esta hipersexualización generalizada, ha provocado en mí una especie de tolerancia, hasta el punto que el porno tradicional no logra estimularme. Para lograr excitarme necesito dosis más poderosas de este narcótico visual.

Encuentro inexplicablemente aburrido siempre la misma escena con la chica bonita y con buen orto, comiendo el gran nabo de un tío musculoso. Necesito crearme la escena, entender porque el fontanero se folla a esa mujer. ¿Qué pasa después de que acaban? ¿El hombre terminará de arreglar el fregadero?

Como las categorías comunes del porno ya no generan en mí ningún tipo de placer, necesito recurrir a cosas más intensas, experiencias más bizarras.

Buceo en las profundidades de la perversión, del morbo y hasta de lo escatológico, pero nada llega realmente a satisfacerme.

Cada vez que me masturbo, emprendo un viaje hacia el autodescubrimiento donde no solamente exploro categorías en las páginas que visito, sino también mis propios límites, para descubrir que no tengo límites.

Ya nada me resulta depravado o inmoral, todo es aceptable.

Me asombra que en el mundo de la lujuria no haya nada inexistente. Cualquier fantasía, por irreal o ilógica que parezca, existe y alguien, además de practicarla, la filma y la sube a internet para que sacies tu particular fetiche.

Las personas damos para todo. Compruébalo tú mismo.

Piensa en cualquier cosa y búscala en una página porno. Seguramente encontrarás a alguien que no solamente lo haga, sino que le guste hacerlo. Que le genere placer.

Adelante, ponte creativo.

La imaginación lejos de no tener límites es hoy una barrera.

Cuando finalmente logro llegar al orgasmo, me quedo un rato mirando con qué video llegue al clímax y me pregunto a mí mismo, cuándo me aburra

de esto, ¿qué será lo siguiente? ¿puedo caer aún más bajo que esto?

Soy un asco. Soy lo peor.

Luego, y por alguna razón que desconozco, siempre me asalta la idea de morir en ese instante, con los pantalones bajos y viendo esa clase de pornografía. Me imagino al médico forense anotando en su planilla "*murió mientras se tocaba viendo un video donde dos enanos tullidos le cagaban en el pecho a una vieja*"

Por eso siempre que termino, cierro inmediatamente todas las páginas que tengo abiertas, no sin antes, claro está, guardar el video en favoritos.

Igualmente, no creo que un profesional de la salud no haya nada que no haya visto, de alguna u otra forma.

El programa termina y todos los invitados aplauden y saludan.

¿Fue el presentador de este programa al que internaron por una fisura anal debido a que se metió una botella por el culo?

Ah, no. Ese fue otro.

Tomo mi celular y me pongo a stalkear a esa rubia que ya no puedo sacar de mi cabeza.

Rápidamente la encuentro en Instagram. En su primera foto está saliendo de una pileta con una malla diminuta mirando directamente hacia la cámara con libidinosa expresión.

Me tiemplan las manos al escribirle:

<Eres una mujer hermosa, pero no por tu físico porque no me gustaría que pienses que te cosifico, sino por como sos como persona, como hablas y como te desenvuelves frente a la cámara. Se nota que eres una mujer empoderada. No quisiera resultar irrespetuoso, pero siento que vibras muy alto y creo que podríamos congeniar. Soy de sagitario.>

Enviar.

Capítulo 12

HERMOSA ALMA DAÑADA

by Nielsen Gabrich

Miguel era el cura de la parroquia de Santo domingo, pero lo conozco desde hace mucho tiempo antes que eso, y sé que tomó los hábitos después de haber atravesado uno de los dolores más inmensos que un padre puede atravesar.

Claro que nunca pudo dejarlo atrás, y comenzó a beber y a usar algunas drogas que lo ayudaban más que toda la cristiandad.

—Este es un trabajo como cualquier otro —solía decirme— Te paras frente a todos, rezas un poco y al carajo.

Miguel, además, no creía mucho en nada de lo que debía predicar como la verdad absoluta.

—¿Qué importa lo que crea? —decía también— Hago lo mismo que hacen los demás. Estoy en esta capilla de mierda ayudando a indigentes que no se han bañado en días. Hasta la madre Teresa era atea ¿de qué me acusas? Deberían nombrarme cardenal.

Reconozco que no ponía mucho empeño en su trabajo, pero quería hacer bien las cosas y su congregación lo apreciaba. Eso es lo que importa ¿no?

He asistido a sus misas algunas veces y varias veces pedí que me confiese.

—Padre confieso que he pecado.

—Todos nos mandamos cagadas, que le vamos a hacer. ¿Trajiste falopa?

Después de la "confesión" generalmente nos daba ganas de charlar, y nos quedábamos horas hablando de religión, recostados en las largas bancas, sin hambre y sin sueño.

—Creo que Dios vio la cagada que se había mandado con los humanos y se fue dejándonos solos a la deriva. Después le dimos un nombre bonito, algo así como libre albedrío —dijo.

—¿Existirá realmente un cielo donde van los justos? —pregunté.

—Mira, si existe el cielo, seguro no es como lo imaginamos. Seguro que te lo encontrarás a Pedro y te dice en realidad los ángeles son todas putas

dispuestas a satisfacerte.

—¿Y en el caso de las mujeres?

—¿Viste que a los querubines los dibujan como ángeles bebés? Bueno, se dice bebés porque tienen la chota de cuarenta centímetros y les pesa tres kilos.

Pido que me confiese una vez más antes de continuar con su relato.

<Luego conoces al creador y lo primero que te dice es que todo lo que dicen de él es mentira. Fábulas robadas de antiguas creencias mesopotámicas que a su vez se las robaron a los Atlantes.

Entonces le preguntas cómo deberías llamarlo. Él saca un petardo del tamaño de mi antebrazo y mientras se lo prende te dice: Dignity.

Pedro sigue dándote el tour por las instalaciones y te dice que te va a dar algo como regalo de bienvenida. Ahí mismo aparece un negro con una bandeja de plata y dos líneas del tamaño de las torres gemelas y dice: aquello fue una conspiración esto es una aspiración.

Enrolla dos billetes de cien y te da uno mientras esnifa con el otro al grito de "está más rica que el padre de Keith Richards"

Después le pide al negro que se desnude y te pide que lo pruebes, porque en el cielo tienen gusto a chocolate. Y como negarse, después de todo, ¿a quién mierda no le gusta el chocolate?>

—No creo que exista el cielo —le digo— Hay cosas que no terminan de convencerme.

—Quieres confesarte....

—No, no, escucha. Imagina esta situación—comienzo mi relato—

<Vas al cielo después de una larga vida de mierda. Pretendes encontrarte con todos tus seres queridos y más aún con la mujer que amaste.

Mientras haces el tour con Pedro por el lugar donde pasarás la eternidad, descubres al amor tu vida en una nube junto con el profesor de Matemáticas de tu hijo.

Ese, el mismo que te juró que no pasaba nada.

Ella, rodeada de un aura celestial, te mira con ternura y dice suavemente:

“Debí decírtelo antes.”>

Miguel comienza a reírse bastante fuerte, hasta que le agarra un ataque de tos. Se aclara la garganta, se sienta en la banca, me mira y me dice:

—Sería bueno que en ese momento Pedro te diga “bienvenido al paraíso” y se descojone.

—Pero, ¿entiendes lo que te digo? No tiene sentido. O que alguien a quien amaste, como tu madre esté en el infierno porque... no sé, vendía drogas en las escuelas y tú no lo sabías.

—Mi madre fue una hija de puta.

—¿Fue? ¿Está muerta?

—Espero que sí. Voy a buscar un par de cervezas.

Me quedé solo y en silencio, recostado en uno de las bancas, mirando hacia los techos blancos de la capilla invadidos por la humedad. En el exterior las ramas de los árboles se mecían con fuerza por el viento. Esos sonidos, lejos de alterarme, me daban tranquilidad.

Unos minutos después pude escuchar los pasos de Miguel acercándose. Me incorporé pude observar como venía hacia mí con dos botellas en la mano. Se sentó en la banca que tenía delante y me ofreció una de las cervezas, la que acepté con gusto. Estaba helada, como recién sacada del congelador.

—Lee a Mateo 18... algo. —me dice y da un trago a la cerveza— Ahí dice que el que le haga daño a un niño se las verá con dios. Después escuchas que hay tantos curas pedófilos que se follan a críos y piensas... Ellos saben algo que yo no.

—¿Qué crees que saben? —pregunto.

—Que todo esto es mentira. Que no existe nada más que esto. Y eso es un puto asco.

—¿Hace cuánto eres cura Miguel?

—No lo sé. Unos diez años —da otro trago largo a la botella—

—¿Realmente crees que algo llamado dios existe o todo esto es una gran farsa?

—Lo que yo opine es irrelevante.

Miguel se levanta del banco y da un último trago vaciando la botella. Luego la toma del pico y la arroja al aire con fuerza, terminando por estallar contra el piso.

< ¿Has sentido su presencia? ¿Ha estado contigo en momentos de necesidad? Si la respuesta es sí, entonces poco importa que sea real o no. Existe.

Si tu caso es más como el mío, entonces no.

No hay amistad en quien no tiende su mano cuando estás en un pozo. No hay amor en el abrazo que te niegan cuando más lo necesitas.

¿Dios existe? No importa. Si existe, eso que existe no es mí dios.>

—¿Por qué no dejas todo esto de una vez?

—Cuando entré quería encontrármelo cara a cara y preguntarle porqué. Habiendo tantas personas en el mundo, porque me tocó a mí. Respuestas... buscaba respuestas. Después de diez años...solo estoy aquí porque se bebe buen vino.

Capítulo 13

QUEDARME EN CASA

by Nielsen Gabrich

Diez de la mañana.

Hoy es un día de esos en que mi voz interior me repite como si de un mantra se tratase, "Era paja, helado y Netflix"

—¿Pedimos desayuno? —Pregunta la chica a mi lado en la cama.

Quiero irme a mi casa, te juro.

—Dale, pidamos café con facturas —insiste.

Me lo merezco, por ser un calentón de mierda. Quien me mando a darle corazoncito en Tinder, a hablarle cuando hicimos match. A insistirle para que nos veamos, aunque haya elegido un lugar que me queda en la loma del orto.

Ahora a no chistar. Cómprale medialunas a la gorda, te tomas el café de mierda y cuando te pida un polvo mañanero le decís que el café te dio cargadera.

Con suerte no me llama de nuevo.

La putísima madre, se me está poniendo dura. Es una de esas erecciones matutinas incontrolables que hasta duelen de lo tiesa que está y la gorda, en vez de hacer algo con esto, se pone a ver el noticiero. Han muerto cien niños en un atentado en que tetas tiene la gorda esta.

—Quiero ver el pronóstico —dice— me parece que está haciendo frío afuera.

Vos estás protegida con toda esa grasa —pienso— como un puto oso polar.

Tomo el teléfono de la habitación y presiono el botón que llama al servicio de cuarto. Pido el desayuno para dos mientras me toco el miembro aún erguido con la intención de que me vea, para ver si se tentaba, pero no.

Que buen culo tiene la gorda esta, loco. Y esos labios gruesos y rojos, que

linda boca de petera. Se me hace agua la chota.

Cuelgo y me le acerco despacio. Comienzo a besarle el cuello mientras mis manos se deslizan por sus pechos. Comienzo a bajar lentamente mientras recorro con mi lengua todo su cuerpo.

—Ahora no... no me gusta a la mañana.

¡Pero qué gorda de mierda! Paga vos todo este polvo ahora. Las birras que nos tomamos anoche, esas papas del orto con chédar que tanto te gustan. El taxi hasta el hotel, este cuarto de mierda, el agua que me pediste porque te dio sed. ¡Toma del grifo hija de puta! Y ahora, para colmo, el puto desayuno de mierda.

Era paja, helado y Netflix... Por qué no me quede en mi casa, macho.

La próxima vez que tenga ganas de ponerla me pago una buena puta VIP que me sale más barato. Me hecho un polvo y a esta hora estoy en mi casa viendo los Simpson. O me compro una de esas muñecas de plástico que se inflan y se terminó el problema.

Quien carajo me manda a mí a estar toda la noche con esta gorda que no vale dos mangos, esperarla a que acabe y encima comprarle facturas para que coma.

Un timbre resuena en la habitación como señal de que el desayuno que pedí está en la puerta de entrada.

Me levanté sólo con el bóxer para que ella pudiera apreciar mi evidente erección que se negaba a marcharse. Tomo la bandeja y la llevo a la cama. Dos cafés con leche grandes y seis facturas.

Tiene buena pinta.

Sobre la mesa de luz tiene la flor que le regalé. Se la compré a uno de esos villeros que las vendía en la puerta del bar donde fuimos. Un huevo me costó esa mierda, todo para hacerme el romántico. Un tarado, todo al pedo macho.

Era paja, helado y Netflix.

El noticiero sigue en la televisión. Afuera —dice el conductor— hace cinco grados de temperatura y, al parecer, llovizna.

Dale gorda, termina el café que me quiero ir. Apura la medialuna, limpiaste el cacho de masa que te quedó en la comisura de la boca.

¿Esto sí te gusta a la mañana no? Dale mandate otra. Golosa. Insaciable.

—¿No te querés echar un polvo? —Le pregunto seriamente y con un poco de fastidio—

Ya no es tanto la calentura sino también una forma de amortizar el dinero invertido en la noche. Con lo que gasté por un solo polvo las cuentas no me cierran ni en pedo.

—No te enojés, pero me parece que el café me cayó un poco mal. Voy al baño un momento —Contesta.

¡Pero la puta que te pario! Era paja, helado y Netflix.

Cuando salió del baño ya estaba totalmente vestida. Por supuesto que no le dije nada, me vestí yo también, casi en silencio y nos fuimos de ese hotel de mierda.

Esperé un par de días, pero no recibí siquiera un mísero mensaje de ella. Cuando quise enviarle uno, me había bloqueado.

Hoy tenía ganas de salir, pero decidí quedarme en casa y relajarme. Compré medio quilo de helado de chocolate, dulce de leche y menta granizada. Creo que voy a ver una película en Netflix, una de esas de superhéroes.

Si, menta granizada, la concha de tu madre.

Estaba linda la gorda, la puta que me parió.

Capítulo 14

PRODUCTO

by Nielsen Gabrich

Jesús tiene treinta y tres años y un revolver .38 largo en el bolsillo izquierdo de su campera deportiva.

Alguna vez dijo que quería ser arquitecto, pero le dio solamente para trabajar de peón en una obra en construcción donde cobra en negro menos del salario mínimo.

Claro que no le gusta su trabajo, ni los gritos del capataz apenas baja de la caja trasera de la pick up que lo lleva hasta la obra, cuando recién sale el sol.

Hoy aguarda impaciente frente a la carnicería de Luis, a que salgan los últimos clientes, llevando en la mano bolsas blancas con un dibujo de la cara caricaturizada de una vaca guiñando un ojo y sacando la lengua, dentro de las cuales guardan partes mutiladas del mismo animal, pero que no está tan contento como la pintura de fuera quiere hacer parecer.

Tiene el pulso acelerado, la respiración agitada, transpira. Mete su mano en la campera y tantea el arma otra vez. Piensa que solo tiene 3 balas. Suficientes.

Si la cosa iba bien no tendría que usar ninguna.

Luis está detrás del mostrador y se dispone a atender a la última persona que está en su local.

Rosa le pide un pedazo de lechón porque le gusta la carne tierna y jugosa. Los lechones son sacrificados antes de los veinte días de nacidos, cuando todavía dependen de la leche materna para sobrevivir. De ahí su nombre y su consistencia.

Ella es una buena mujer, anteayer hizo un retweet de una noticia que vio que decía algo sobre los derechos de los animales y hace unos meses donó diez pavos a Greenpeace, porque le daban pena que apaleen a las focas.

< Es la hora > se dice Jesús así mismo y resopla.

Camina apresuradamente hacia la puerta del local. Lleva su mano donde guarda el arma y traspasa la puerta. No piensa, solo actúa.

Rosa recibe la bolsa con su pedazo de animal y le paga a Luis. Espera su cambio y al girar hacia la salida, le sonrío a Jesús que estaba detrás de ella, aguardando su turno.

Jesús escucha el cuchillo de Luis golpeando la tabla de madera al cortar un animal en pedazos.

—¿Qué te doy flaco? —dice Luis.

Un corte tras otro, separa la carne en pequeñas piezas.

Su padrastro vuelve a azotarlo. No le importa que el grite, que llore, que implore.

Que jure que no hará más, aunque no sepa que hizo. Todavía no aprendió a decir la palabra piedad, por eso no la usa.

La sangre cae.

—Flaco... —repite Luis.

—La plata dame, la puta madre que te parió.

Jesús saca el arma y le apunta a la cabeza. Está cagado de miedo, pero no puede demostrarlo.

Amenazar, pedir el dinero, tomarlo y correr. Conoce la teoría, aunque nunca la había puesto en práctica. No pensó que podría pasar después, o que haría si las cosas llegaran a complicarse. Pensar, pensar, pensar. Si pensaba demasiado no se iba a animar a hacerlo, y necesitaba esto.

Inmediatamente da la vuelta al mostrador y se pone al lado del carnicero. Un nudo se le atora en la garganta y el labio inferior comienza a temblarle.

Luis levanta los brazos, aún tiene la cuchilla en la derecha y el delantal ensangrentado que tiene el mismo dibujo que las bolsas, la cabeza de la vaca guiñando un ojo.

—Flaco tranquilo que tengo familia —dice Luis.

—Yo también tengo familia —responde Jesús mientras se acuerda de su madre.

Ciento cuarenta quilos, postrada en una cama y tres hijos. Uno muerto, otro preso y el último apuntándole a un hombre a la cabeza.

<Él tiene plata y yo no> repite una y otra vez dentro de su cabeza como si se tratara de un mantra. <Mañana la recupera>

Luis tiene cincuenta y dos, y el martes próximo lo iban a operar de la vesícula. Su hijo de veinte no consigue trabajo, pero él no lo presiona. Todavía está intentando superar que su madre se halla ido de este mundo hace menos de seis meses.

Él tampoco está bien, a diario tiene ganas de llorar y de hacerle compañía a su mujer allá donde esté, pero abre religiosamente la carnicería todos los días.

Carnicería que tiene hace veinte años, que la empezó casi sin nada y que hoy solo le da para subsistir, trabajándola seis días a la semana, diez horas por día.

Luis mira fijamente a Jesús, frunce el ceño fruncido y abre la caja registradora. Saca despacio el dinero y lo pone en una de las bolsas blancas donde sus clientes se llevan la compra.

—Apurate —Increpa Jesús, que sigue apuntándolo, pero mira directamente a la caricatura impresa en la bolsa, como si la criatura lo hubiera obnubilado.

Luis no dice una palabra, pero siente que cada billete que deja en la bolsa es un poco de su sudor que se esfuma. Que va a las manos de un hijo de puta cuyo único mérito es tener un arma.

Siempre fue honrado, paga los impuestos y no jode a nadie. Cuando puede, ayuda a la gente del barrio, y este pendejo de mierda viene acá a cagarse en su esfuerzo.

Piensa que su mujer lo está mirando desde el cielo.

Levanta la mano izquierda y le alcanza a Jesús la bolsa con el dinero.

Jesús la agarra, pero Luis no la suelta. Cuando Jesús tironea un cuchillazo con la velocidad de un rayo le rasga la carne, abre sus entrañas y se le incrusta en las costillas.

Separa su carne.

Luis aprieta los dientes mientras hunde el cuchillo a mayor profundidad. Hasta el mango si es posible. La tibia sangre de Jesús se vierte sobre sus manos, salpica en su delantal blanco. La vaca guiñando el ojo queda

salpicada de rojo carmesí.

Jesús lo mira con asombro. Un escalofrío recorre todo su cuerpo. Dispara. Una, dos, tres veces. Todas las balas impactan en el abdomen de Luís.

Ambos caen al piso sin dejar de mirarse. Están agitados, casi sin fuerzas y con el corazón latiendo tan rápido como le es posible.

No hay odio en sus miradas. Jesús podría ser el hijo de Luis. Luis podría ser el padre de Jesús.

—Mirá lo que hiciste pibe —dice Luis.

—Vos, mira —responde Jesús— todo por unos pesos.

A Jesús se le cierran los ojos.

Luis intenta arrastrarse hasta donde está el teléfono del local. En su mente todavía existe la esperanza de sobrevivir si logra pedir ayuda.

—Por favor, no te vayas, no me dejes solo — escucha que pide Jesús con un hilo de voz.

Luis tiene su mano en el pecho, intentando contener la sangre que brota de manera incontrolable. Mira el teléfono, pero se arrastra unos metros hacia el lado contrario donde está Jesús y lo abraza fuertemente, haciendo que su cabeza descansa sobre su hombro derecho.

—Gracias —es lo último que dice Jesús.

Capítulo 15

PEQUEÑAS COSAS

Nielsen Gabrich

Gina me llamo cerca del mediodía y me pidió que vaya a ver David. <Tengo miedo a que cometa una locura> fueron sus palabras. Intenté tranquilizarla, creyendo que era incapaz de hacer nada borde. Terminé prometiéndole que lo visitaría por la tarde para ver si todo estaba bien.

David estaba deprimido y pasaba mucho tiempo solo en casa, pero supuse que era parte de su duelo. Tarde o temprano volvería a ser el mismo de siempre, sólo necesitaba un poco de espacio para digerir todo lo que había pasado.

Fiel a mi promesa, cerca de las cinco estaba tocando timbre de su casa, pero nadie contestó. Golpeé la puerta y grité su nombre un par de veces, pero fue en vano. Antes de irme intenté girar el picaporte y, para mi sorpresa pude abrirla, no estaba cerrada con llave.

Eso nunca puede ser una buena señal —pensé.

Entré. Todo parecía tranquilo. Las cortinas estaban cerradas y las luces apagadas, como si no hubiese nadie allí. El lugar estaba limpio y ordenado, dentro de lo que cabe para un hombre solo. No había botellas de alcohol tiradas por el suelo ni mierda untada en las paredes, nada que pudiera llamar mi atención.

Solo silencio.

Seguí recorriendo la casa, llamándolo en voz alta, pero sin gritar.

David y Gina habían terminado hace unos meses. "Habían" es sólo una forma de decirlo, porque fue ella quien tomó la decisión de concluir con una relación que —me confesó— sentía que no iba a ninguna parte.

Fui hasta el dormitorio y fue ahí donde encontré a David, tirado en el suelo, boca arriba e inconsciente.

Inmediatamente me abalancé sobre él y tomé su brazo para ver si sentía su pulso, a pesar de que podía ver como su estómago subía y bajaba, señal de que estaba respirando. Luego, no sé por qué, puse mi mano en

su frente buscando fiebre.

Fue algo instintivo, ni siquiera estaba pensando con claridad.

Lo abofeteé despacio unas tres veces hasta que noté una reacción.

—¡David que ha pasado! —grité—

El me miró y volvió a cerrar los ojos.

Me incorporé, saqué el móvil y marqué el número de emergencias. Me atendió una operadora de voz irritante, que no paraba de hacerme preguntas para las que no tenía respuestas.

—¿Tiene seguro médico?

—No lo sé.

—¿Hace cuánto que está así?

—No lo sé.

—¿Patologías preexistentes?

—No lo sé.

David seguía tendido en el suelo, pero comenzaba a moverse despacio. Estaba descalzo con unos pantalones cortos y una remera de un grupo musical que no conozco. Creo que era algún conjunto de punk rock.

No sé por qué, pero tuve la sensación de que podía tener frío. Aún con el teléfono en mi oído, saqué el edredón de la cama y lo puse sobre su cuerpo.

—La ambulancia va en camino. —dijo finalmente la operadora.

—Gracias —Colgué.

Me senté a su lado pensando que quizás le guste un poco de compañía, pero creo que era yo quien la necesitaba más que él. Estaba realmente cagado porque algo pudiera pasarle estando ahí conmigo.

¿Debía tomarle la mano? ¿Susurrarle al oído que todo va a estar bien? ¿Qué carajos se hace en una situación como esta?

Me incorporé, tomé una almohada y la coloqué muy despacio bajo su

cabeza, pensando que podría estar incómodo.

Luego fui hacia la ventana y me puse a observar la calle mientras fumaba, a la espera de que llegasen los paramédicos.

Gina y David eran una de esas parejas de las que estás seguro que dentro de diez años veras las fotos que suben a Instagram de sus vacaciones familiares en alguna playa de mierda con dos críos.

Nunca vi venir que pasara algo así entre ellos. Creo que David tampoco, por eso algo en él se rompió cuando terminaron.

Quería interceder, pedirle a Gina que lo pensara. Pero no hice nada. Entendí que no tenía ningún sentido pedirle que volviera con él cuando lo que los había unido se había perdido.

Algunos lo llaman desgaste. Yo creo que la vida puede ser una verdadera mierda.

Al cabo de un rato escuché el ruido de unas sirenas acercándose por la calle y corrí hacia la puerta para recibirlos apenas llegasen.

La ambulancia estacionó frente a la puerta y descendieron de ella dos hombres de blanco provistos de todos los instrumentos necesarios para intentar salvarle la vida a una persona. Yo estaba justo en la entrada como buen anfitrión, pero a ellos pareció no importarle, porque me hicieron a un lado y corrieron hacia donde estaba David.

Le tomaron el pulso, la presión, y le pusieron un respirador. Buscaron una camilla y lo subieron a ella. Conectaron una vía a su brazo con lo que supongo era suero y se dispusieron a trasladarlo hacia algún hospital.

Escuché al conductor de la ambulancia llamando a los nosocomios cercanos para saber a cuál podrían llevarlo, mientras sus compañeros lo acomodaban en la parte trasera del vehículo.

Me acerqué hasta uno de ellos y, pudiendo preguntarle cualquier cosa sobre el estado de salud de mi amigo, dije:

—Disculpe doctor, ¿podría darme algo para los nervios?

El que manejaba dijo casi gritando <AL SAN JORGE>, por lo que el médico me miró y me respondió:

—Al hospital San Jorge.

Cerro las puertas dobles de la parte trasera de la ambulancia en mi cara y

comenzó a alejarse con las sirenas a todo volumen.

Mis piernas temblaban y sentí que tenía el corazón bastante acelerado. Quizás deba llamar otra ambulancia, pero esta vez para mí.

En vez de eso, opté por ir hasta la esquina a por un taxi que me llevé hasta el hospital donde estaban trasportando a mi amigo.

Llegué en unos quince minutos y entré en la sala de espera. Pregunté a la recepcionista que no sabía nada, y me dijo que aguardase mientras lo averiguaba.

Había una máquina de café, pero no tenía cambio, así que fui nuevamente con la recepcionista.

—Le dije que aguarde —dijo.

—¿Tendría cambio para la máquina?

—Siéntese.

Un hombre mayor con lo que parecía ser una bata celeste y un bastón, me hizo una señal de que fuese con él. Yo accedí. El hombre sacó cambio de uno de los bolsillos de la bata y me lo dio gentilmente.

—Me estoy muriendo —dijo— ¿Tú también?

—De alguna forma todos estamos muriendo —contesté— Pero vengo a ver a un amigo.

—¿Se está muriendo?

—Veremos que dicen los médicos. —le dije mientras me acercaba a la máquina expendedora—

Estuve sentado aproximadamente una hora, tomando café y mirando una televisión sin volumen que estaba allí, mostrando un canal de noticias. La presentadora movía los labios de forma casi hipnótica, hasta que de alguna forma pude entender lo que decía. O eso creo.

—Señor, señor. —me llamaba la mujer de recepción.

Yo no la escuchaba, estaba copiando con mis labios lo que la presentadora del canal de noticias de televisión decía con los suyos. Haciendo una

especie de mímica en un estado de trance, podría decirse.

El viejo de la bata me toca con su bastón y me dice:

—Creo que lo llaman a usted.

Salgo de mi hipnosis auto infringida y le agradezco, aunque me generó bastante desagrado que me haya tocado con la punta sucia de su bastón.

—Gracias, que siga bien.

¿Le dije qué siga bien a un hombre bastante mayor en la sala de un hospital, el cual me acaba de decir que se estaba muriendo?

La recepcionista me dice que David estaba ingresado en una de las habitaciones del hospital y que podría ir a verlo. Me indica el camino más corto a seguir, el cual olvidé ni bien termina de hablar.

Me las ingenié para llegar a la habitación preguntando indicaciones a cualquier ser viviente con bata blanca que me encontrase en el trayecto. Una pequeña puerta blanca a mitad del pasillo con el número 21 en color verde. Pensé que quizás debería golpear, pero no lo hice. Abrí directamente y me adentré en el lugar. David estaba recostado, pero consiente, con una venda en la cabeza y suero en el brazo.

No se sorprendió al verme por lo que creo que alguien debe haberle dicho que fui yo quien llamo a la ambulancia o algo parecido.

Me senté a su lado y le toqué la pierna. No sé porque hice eso, la mayoría de mis acciones son automáticas y no tienen justificación lógica alguna.

—¿Cómo estás? —pregunté.

—¿Bien y tú? —contesta.

Supongo que fue algo así como una respuesta automática.

—Estoy bien, pero lo importante es cómo estás tú.

—Me di un golpe en la cabeza cuando me caí, creo que tuvieron que suturar. Nada más.

Sentía que no era honesto, que había algo más de lo que me decía. Quería preguntarle, averiguar por qué se había desmayado, pero consideré casi como una invasión. Terminaría por contarme cuando estuviese listo para hacerlo, si es que lo estaba alguna vez.

Estuvimos mirándonos callados un tiempo, quizás demasiado.

—Creo que va a llover —comentó.

Miré por la ventana y era de noche. No me había percatado de cuánto tiempo había pasado desde que lo encontré hasta ese momento, supongo que entre dos y tres horas. Y si, parecía que iba a llover.

—¿Tienes frío? ¿Quieres que pida una frazada o algo? —dije.

—No, no. Estoy bien.

Una mujer que pasaba los cincuenta y con evidente sobrepeso entró en la habitación. Se presentó, pero no recuerdo su nombre, y dijo que era la enfermera del turno noche.

Se dirigió directamente a mí y me avisó que en media hora se terminaba el horario de visitas. Asentí con la cabeza, como si lo supiera, aunque no era así.

Luego miró a David y le dijo:

—Va a quedarse en observación un par de días.

—¿Qué es lo que tiene? —interrumpí como si tuviera derecho a saberlo—

La enfermera me miró, se acercó a mí y con mucha seriedad me dijo en voz baja, pero con mucha claridad:

—Eso es privado.

—¿Puedes hacerme un favor? —Interrumpió David— Dile a Gina que venga a verme.

David miró hacia el techo y sus ojos se humedecieron. La enfermera puso su mano derecha en mi cintura y me invitó a retirarme señalándome con la mano izquierda la salida —como si no supiera donde estaba la puerta— con la excusa de que el horario de visita había terminado.

—Volveré mañana —dije, pero no recibí respuesta.

Ni bien crucé el umbral de la puerta marqué el número de Gina.

—Hola... —dijo Gina del otro lado de la línea.

En ese mismo momento la enfermera salió de la habitación. Necesitaba

que me aclare lo que estaba pasando.

—Espera un segundo. ¡Enfermera!

—¿Dónde estás, que pasa?

—¡Espere un segundo, enfermera! En el hospital Gina, internaron a David, pero no se...Disculpe, necesito hacerle unas preguntas.

—¿Qué pasó con David?

—Un segundo, Gina.

—Mire, usted no es familiar y no puedo revelar información del paciente.
—contestó de mala gana la enfermera— Espero que lo entienda.

—¡Necesito saber que está pasando! —gritó Gina.

—Internaron a David —contesté—

Le expliqué a Gina lo ocurrido desde que llegué a casa de David hasta ese momento que salí de la habitación de David. Ella hacía preguntas obvias para las cuales no tenía respuesta. <¿Qué tiene?> <¿Es grave?> <¿Cuándo saldrá de allí?> A todo respondía <No lo sé> <No lo sé> <No lo sé>. Gina no estaba conforme con eso, pero era la verdad. No lo sabía.

Ella fue a verlo al día siguiente, y el otro después de ese. Así durante varios días seguidos. Yo intentaba ir por lo menos día por medio, estar al tanto de su evolución o, mejor dicho, de su involución.

David sabía hace bastante tiempo que tenía un tumor inoperable en su cerebro, pero nunca había dicho nada a nadie. No quiso que siquiera Gina lo supiera cuando decidió dar por terminada su relación, porque no quería que sea la lástima el motivo que los hiciera estar juntos.

David empeoró muy rápido. Los últimos días intentábamos estar el mayor tiempo posible junto a él, porque presumíamos lo peor.

Una tarde, cuando comenzaba a anochecer, estábamos con Gina en la habitación cuando David, con un hilo de voz, pidió que ella se acercara hasta él. Casi susurrando a su oído le confesó que no soportaba el dolor. Le pidió casi como un ruego, que necesitaba algo para terminar con su sufrimiento.

Gina entonces, tomó una servilleta de papel y escribió algo en ella con su lápiz labial. La doblo un par de veces para hacer que cupiera en un puño y

la puso en la mano de Daniel.

Luego se acercó a mí, me tomó del brazo y me pidió que salgamos de la habitación. Fuimos hasta la sala de espera sin decir una palabra. Ella estaba aferrada a mí y no se separó siquiera un segundo hasta que la enfermera, la misma que me atendió el primer día y de la que sigo sin recordar su nombre, vino a avisarnos que todo había terminado.

David no tenía familia cercana, así que Gina tuvo que ocuparse de todos los trámites administrativos.

Mientras esperaba que Gina terminara el papelerío en una de las oficinas, un hombre, supongo que personal del hospital, se acercó para entregarme una caja con los elementos personales de David. Estaba la ropa con la que lo encontré, perfectamente doblada, un reloj pulsera y la servilleta escrita con ruge que Gina le entregó a David justo antes del final.

No debería haberlo hecho, lo sé, pero como casi todas las cosas que hago, lo hice sin pensarlo demasiado. Tomé la servilleta cuidadosamente y la desdoblé despacio.

<Todavía te amo> decía.

Capítulo 16

SUICIDIO

by Nielsen Gabrich

Me puse a pensar en el suicidio mientras preparo una ensalada para cenar.

No de una forma triste, sino como algo que podría suceder en cualquier momento, como si se tratase de una situación inevitable.

Corto un tomate en pequeños cuadraditos y me imagino colgando del techo, forcejeando para poner una de mis manos entre la cuerda y el cuello, pataleando, en un esfuerzo desesperado por inhalar un poco de aire.

Tuve que parar un momento, aspirar profundamente y pasar una mano por mi garganta, buscando marcas que no existían.

¿Cuánto tiempo tarda una persona en asfixiarse? ¿Qué cuerda debo comprar para que soporte mi peso y no se rompa en medio del proceso? ¿Se supone que debo preguntárselo al dependiente de la tienda?

«Oye muchacho quiero una cuerda para ahorcarme. ¿Sabes cuál sería la más conveniente y que esté a buen precio? Soy suicida, pero no quiero gastarme toda la pasta en esto, ¿sabes?»

Debe haber mejores formas de quitarse la vida. Ahorcarse es para personas realmente desesperadas. Demasiado apuradas, sin muchas opciones o con poca imaginación.

Decididas, eso sí.

¿Lavé la lechuga? No me acuerdo. La voy a enjuagar, por las dudas, no vaya a ser cosa que me intoxique con alguna de esas bacterias de mierda. El otro día escuche en la tele que alguien estuvo una semana en coma por comer alimentos contaminados. Son cosas con las que hay que tener cuidado.

Necesito algo más pacífico, una transición que sea lo menos dolorosa posible. Las pastillas son lo primero que se le ocurriría a cualquiera, pero no es tan sencillo. ¿Qué pastillas debo tomar? ¿Cuál es la dosis

recomendada o, mejor dicho, no recomendada?

Seguramente el prospecto diga algo, pero que coñazo leerse todo eso.

¿Habrá alguna que sea de venta libre o debo ir a con un doctor? No creo que nadie se suicide con aspirinas. ¿Qué síntomas debo decir que tengo para que me recete una droga que sea potencialmente mortal?

Son demasiadas preguntas.

—Ponle bastante zanahoria. —dijo la chica que miraba la televisión recostada en mi sofá—

No sé qué hacía ella todavía aquí, ni porqué pensaba que podía tomarse la atribución de escoger la cantidad de zanahoria que debo poner en la puta ensalada. Voy a poner tanto como se me canten los cojones.

¿Qué coño hago preparando ensalada para cenar? ¿Por qué no estoy comiendo pollo frito o una hamburguesa?

—Condíméntala con limón, —dijo— así es más sano. Ya veréis como en un mes pierdes esos kilos de más.

No era algo serio. Ella lo sabía, yo lo sabía. Todo el puto mundo sabía que no teníamos más que algo casual, sin compromisos.

Aun así, ella estaba allí, descalza y en pijamas, descansando tranquilamente mientras yo preparo esta puta ensalada.

Paso mi pulgar por el cuchillo de cocina. Parece bien afilado.

Creo haber leído que el corte en la muñeca debe hacerse en vertical, no en horizontal. También que es recomendable estar en una tina con agua templada para evitar la coagulación, o para que la sangre fluya más rápido... algo así.

No sé si podría, eso de los cortes y la sangre meda un poco de impresión. Además, se me hace que tiene que ser un proceso lento.

¿El suicidio es un acto de cobardía o de valentía?

—¿Cómo dices, cariño?

No sabía que lo había dicho en voz alta.

—¿Suicidarse es de cobardes o de valientes? —le digo.

—Ninguna. Es de gilipollas. La vida cambia tan radicalmente de un momento a otro que en unas semanas te estas riendo de un problema que hoy pareciera no tener solución.

—A veces hay cosas que el tiempo no soluciona.

—Ponle más zanahoria a esa ensalada. Tiene vitamina v6 que dicen que hace que seas más feliz.

No soy un puto conejo, coño.

¿Por qué me ha dicho cariño? ¿Qué relación creará que tenemos? No recuerdo que hayamos hablado nunca de tener algo serio. Son cosas que uno tiene que conversar, me parece. No debería presuponerse.

¿Cuánto tiempo hace que nos salimos? Que nos conocemos quiero decir, que la veo, que pasamos tiempo juntos. ¿Seis, quizás siete meses?

¿Eso es mucho tiempo? ¿A ella le parecerá el tiempo indicado para decirle a cariño a un tío que prepara ensalada mientras piensa trivialmente en el suicidio?

Joder.

No voy a decirle nada, no por ahora. Está echada en el sofá viendo la tele y rascándose el ombligo mientras me da indicaciones de cómo debo hacer las cosas. No es el momento adecuado, creo yo.

Debe tener razones, digo yo, para creer que lo nuestro tiene una seriedad de la que realmente carece.

—¿Tienes pepino? Ponle algo de pepino.

—¿Por qué? ¿Tiene alguna vitamina importante? —digo mientras voy a hurgar en la heladera.

—Sí, supongo. No lo sé, me gusta el pepino.

—Aquí hay uno.

—Córtalo en rodajas finas.

¿Debería escribir una nota de suicidio? No soy muy bueno expresando mis sentimientos, explicando que me pasa. Tampoco me gustaría que lo lea cualquiera. Me imagino al primer policía que llegue, leyendo la carta y diciendo a sus colegas «Escuchen lo que escribió este desgraciado» y todos los hombres obesos de azul riendo, mientras el perito forense le

saca una foto para tener algo que contar en su próxima reunión familiar.

No, creo que no dejaré nada. Pero es como una tradición y no quisiera romperla. No lo sé, supongo que habrá tiempo de pensar más en ello.

¿Y mi cuerpo? ¿Qué harán con mi cuerpo?

Quizás tendría que dejar alguna nota, pero que sólo tenga indicaciones de lo que quiero que hagan con mi cadáver.

No velorio.

No entierro.

No cremación.

No placa recordatoria.

Quiero que le den mis órganos a alguien que necesite de repuestos usados baratos, y lo que queda, si algo queda, que sea donado a la ciencia.

Que los capullos de primero de medicina le hagan chistes de mi picha muerta (doblemente muerta) a las chicas de su clase con intención de caer simpáticos para ver si pueden tirárselas.

Algunos lo lograrán. Será un polvo en mi honor.

Pero cuando ya no esté en este mundo, nada les impide agarrar mis intenciones póstumas y frotársela por la raya del culo reiteradas veces. No podré hacer nada para evitarlo.

Supongo que es un riesgo que debo correr.

Por lo pronto, creo que he puesto suficiente pepino a esta ensalada. Es la primera vez que le pongo a una ensalada toda esta mierda. ¡Qué coño, es la primera vez que hago una ensalada!

—Esto debería estar listo —digo—

Ella gira suavemente y sonrío. Joder que bella es. ¿Cómo alguien así puede estar conmigo? Quizás esta loca como una cabra, no tengo otra explicación. Ella es un sueño, una fantasía. La chica ideal.

No voy a negarlo, extraño el olor a la carne chamuscada. Pero mientras llevo el bowl con la ensalada hacia la mesa frente al sofá para comer, pienso que quizás todo este cambio de hábitos sea para mejor. Puede que

comience a sentirme con mayor fortaleza, con más energía, más feliz.

Me siento frente a la televisión y me sirvo un poco de agua mineral. Me encantaría que ella fuera real, que esté aquí a mi lado y no solo alguien que me imagino para no sentirme tan solo. Quisiera tener a quien se preocupe por mí, que me cuide, que me quiera desinteresadamente.

Doy el primer bocado a toda esa mezcla de verduras y hortalizas, mientras busco algo que mirar. No hay mucho para ver, la verdad.

Encontré un partido de fútbol entre dos equipos extranjeros. Lo dejé, aunque me da igual quien gane.

Empujo otro bocado dentro de mi boca. Me obligo a comer, aunque para ser sincero no tengo hambre. Tampoco tengo sed.

La verdad no tengo ganas de nada.

Voy despacio hacia el balcón, hace bastante frío afuera. Me arrimo a la barandilla y miro hacia abajo. Diez pisos me separan del suelo.

Cierro los ojos y siento como el viento acaricia mi rostro. Experimento mucha calma repentina.

La mente está lista pero la carne es débil.

Arrojo el cuenco con la ensalada al vacío y observo como cae y se hace añicos contra el piso.

Vuelvo dentro y voy por una cerveza. Me siento de nuevo a ver el partido. Alguien ha marcado un gol y me lo he perdido.

Capítulo 17

LA INTELIGENCIA ME DEPRIME

by Nielsen Gabrich

Era viernes y estaba en una cervecería, como casi todos los viernes, tomando una pinta e intentando ligar con la camarera. Ella era bastante más joven que yo, joder si hasta parecía una pequeña niña rubia y angelical. Pero el hecho de que esté trabajando esa noche detrás de la barra me aseguraba no solo que era mayor, lo que no importaba tanto, sino que no iría a la cárcel si terminaba pasando algo entre nosotros.

Mí táctica en estos casos es siempre la misma; Intento no mostrar demasiado interés con la esperanza de que la otra persona me encuentre interesante. ¿Se entiende? Algo así como "no había pensado en ello, pero ahora que lo dices..."

No, no funciona demasiado bien.

Un hombre entró repentinamente a los gritos. ¡SON UNOS IMBÉCILES! ¡RETARDADOS! ¡¿CÓMO NO SE HAN DADO CUENTA?! ¡¿QUE HACE FALTA PARA QUE LO ENTIENDAN?!

El chico que atendía las mesas intento sacarlo como a un borracho más, pero el hombre era corpulento, entrado en años, pero se notaba que aún conservaba su fuerza.

Agarró al chico por la cintura y como si fuera una bolsa de mierda, lo arrojó contra una pared. El golpe debió haber sido importante, porque ese pobre muchacho se retorció en el piso y no podía levantarse.

Le pedí a la camarera más maní. Me quedaba aún medio vaso de cerveza.

Aquel hombre seguía gritando, ahora iba mesa por mesa. ¡¿ACASO SOIS ESTÚPIDOS?! ¡CUANDO VAIS A MADURAR, IDIOTAS!

Golpeó en la nuca, creo que accidentalmente, a un calvo que estaba con su chica, lo que me hizo bastante gracia. A su pareja no le pareció cómico, por lo que me miró con más furia a mí que me sonreía, que a aquel tipo que le había pegado a su hombre.

Finalmente llego a la barra, dónde estaba la increíble rubia que me traía maní y yo, además de otra gente que no voy a mencionar porque no

importan en lo absoluto.

¡¿CÓMO ES QUE NADIE ENTIENDE?! Me gritó cerca del oído. La rubia estaba asustada detrás del mostrador, pero yo le hice una seña como que todo estaba bien. No me pareció que haya servido en lo absoluto.

—Tranquilo —le dije mientras lo tomaba suavemente en el hombro. No quería terminar en la pared como aquel muchacho. Tengo algo con los golpes y es que suelen dolerme— Ven, paga una ronda. Yo si me doy cuenta de todo.

—¿TU SÍ? Me dijo asombrado, pero aún en tono alto.

—Claro hombre, o crees que tu solo ibas a darte cuenta.

—Es que son unos tarados —bajó su entonación— Míralos ahí, tomando sus copas, distendidos. ¡Felices! ¡Pensando que todo está bien! También tú pareces relajado...

—No compañero, yo estoy triste.

—¡TAMBIÉN YO! ¡ENTONCES LO ENTIENDES! ¿VERDAD? —volvió a levantar la voz— ¡CUANDO LO ENTIENDES NO PUEDES ESTAR ALEGRE NUNCA MÁS!

—¿Vas a comprar esas cervezas?

—Sí, sí. Disculpa. Ponme dos —le dijo a mi futura mujer—

La rubia lleno dos tarros hasta el borde y los trajo hasta donde estábamos nosotros.

—Brindemos —le dije—. Porque todo el mundo se entere.

Chocamos los vasos.

—¿Cómo haces para saberlo y vivir sin que te afecte? —me preguntó.

—¿Que otra cosa queda? Una vez que lo entiendes, ya nada importa demasiado. Puedes venir aquí a tomarte una cerveza o quedarte en casa mirando una película. Leer un clásico o ver una porno. Todo es lo mismo, todo da igual.

—¿Pero no te dan ganas de empezar a gritar? No puedo ver a las personas que anden por ahí, sin saber nada. Viviendo sus vidas como si nada pasara.

—Déjalos, ellos son los verdaderos afortunados.

—No puedo hacerlo. Necesito que despierten, que también lo entiendan.

—Las personas, en general, no están preparadas para afrontar ese conocimiento. Puede llegar a ser algo demasiado caótico y desconcertante para ellos. Por eso, debes dejar que cada uno recorra su camino. Si me sigues, ¿verdad?

No puedes ir por ahí gritándole a la gente, eso no sirve de nada. Los asustas, piensan que eres un chalado, o un puto drogadicto.

—Creo que tienes razón. Lo siento, de veras que lo siento. Es que recién estoy empezando a comprender.

—Está bien, pero... ¡OYE TE ESTÁS COMIENDO TODOS LOS MANÍES, CARAJO!

El hombre y yo conversamos un rato más hasta que vació su vaso y se fue de allí mucho más tranquilo de cómo había entrado.

Apenas cruzó la puerta, la rubia vino con un tarro lleno de espumeante cerveza fría.

—Invita la casa —dijo.

Hubiese preferido que me invitase a echar un polvo, pero no voy a quejarme.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo casi susurrándome, como si se tratara de una indiscreción— ¿Que es lo que hay que entender?

—Cuando estés lista, si es que alguna vez lo estas, lo sabrás.

La rubia se fue a atender otro cliente, seguramente pensado que estoy loco o que soy solo un borracho. Tenía razón en ambas cosas.

Supe más tarde que el chico que atendía las mesas lo llevaron al hospital. Tenía dos vértebras rotas y un pulmón perforado, el pobre desgraciado. Jamás volvió al trabajo. En su lugar contrataron a un Portorriqueño que se llamaba Marcos, o Marcelo. Algo con M. Tenía una historia interesante que sería bueno contarla otro día.

¿O era de Costa rica? No importa, igualmente tampoco estuvo mucho tiempo.

La rubia renunció al bar un par de meses después. Una parte de mí quiere que le haya ido bien. Que haya podido encontrar un mejor empleo con un

buen salario y a alguien con quién formar una familia. Que sea feliz y por sobre todas las cosas que nunca se entere de nada.

Era una buena chica, creo que se lo merece.

Mí otra parte más oscura desea que se haya hecho puta, para que quizás así, pueda tener alguna oportunidad con ella.

A quien voy a mentir, no podría pagarle.

Lo más seguro es que no sea ni lo uno ni y lo otro. Se habrá convertido en una persona gris, cómo la mayoría.